



Saluda

*á sus amables lectores, deseándoles los
más grandes éxitos, la mayor dicha, pros-
peridad y buena fortuna, en el día, en
el mes, en el año y en el siglo que hoy co-
mienzan.*

La Redacción.

MAPA DE LA REPÚBLICA

NUEVA EDICION



Corregido y aumentado sobre todos los que se han publicado hasta el día.

Con el trazado de los ferro-carriles existentes y en proyecto, vías telegráficas y todas las ciudades, villas y pueblos de la República.

Las correcciones y agregaciones han sido hechas por el señor Orestes Araújo. La publicación de este mapa fué aprobada por la Dirección General de Instrucción Pública, previo informe de su Inspector Técnico señor José H. Figueira, y autorizada por el Superior Gobierno.

Precio del mapa montado sobre tela, barnizado y con varilla \$ 5.00

DIMENSIONES: 113 POR 137 CENTÍMETROS

EDITORES: C. GALLI, FRANCO & CÍA.

ACTUALIDADES EXTRANJERAS

De la guerra anglo-boer



El general Buller dirigiendo la palabra á los manifestantes

El general Sir Redvers Buller, de vuelta de Inglaterra ha sido objeto de entusiastas manifestaciones y calificativos rimbombantes, como los de salvador de la patria, héroe del Cobo y otros.

Apenas desembarcado en Inglaterra, el general Sir Redvers Buller, se puso á recorrer el país, y, en cada ciudad en que estuvo, fué objeto de reuniones, banquetes y *meetings* en donde el tradicional whisky se derramó en gran cantidad y donde la fama de callados que tienen los ingleses no quedó muy bien parada, pues se habló hasta por los codos.

El mismo general Buller que llegaba de Sud-África, á decir que le había ido muy bien, no se contentó con

repetir las palabras de César al volver de las Galias: se permitió sentirse orador y dirigir la palabra á las masas en el patio del castillo de Exeter, donde se alojaba, y donde fué vitoreado por una asamblea compuesta de más de cincuenta mil individuos.

Satisfecho puede estar el general Buller de la acogida que le reservaba su país y contento de ver que, además de todo lo que ha hecho el pueblo, el gobierno lo ha condecorado.

Nuestro grabado muestra el aspecto del patio del castillo de Exeter en el momento en que el general Sir Redvers Buller hace gala de sus dotes oratorias.

ESTREÑIMIENTO

Si sufre Vd. de esta dolencia tan general, tome las Cápsulas de
CÁSCARA SAGRADA "NORTON"

No debilitan, ni causan la menor molestia, como sucede con la
generalidad de los purgantes y laxativos

**EXIGIR LA MARCA "NORTON" QUE SON LAS ÚNICAS LEGÍTIMAS
EN TODAS LAS FARMACIAS DE LA REPÚBLICA**

NECESITAIS ANTEOJOS Ó LENTES PARA CONSERVAR VUESTRA VISTA

OCURRID AL MUSEO INFANTIL

CALLE 18 DE JULIO, NÚMERO 86, ENTRE ARAPEY Y CONVENCION

EN DONDE OS LO VENDERÁN CON CIENCIA Y CON CONCIENCIA

No olvideis que esta casa recibe los mejores artículos

que se fabrican en París y que vende con un

60 por ciento más barato que otra casa de su género

SE DESPACHAN PRESCRIPCIONES MÉDICAS

Farmacia del Romano

SARANDÍ, 375 — MONTEVIDEO

Emulsión MORGAN

de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos

Los famosos Cachous Aristocráticos VIOLETA

TE VICTORIA clase superior y especial para familia

Paquete grande, \$ 1.00; ídem mediano, 0.50; ídem chico, 0.25

DELICIA TURCA

riquísimo dulce en forma de jalea

La lata, \$ 0.50

MARTÍ, BERCAITZ Y Cía.

IMPORTADORES DE VINOS * * * * *

* * ÚNICOS AGENTES DE LOS RENOMBRADOS VINOS

TINTO, MÁLAGA, SECO,

GARNACHA, PRIORATOS

RÍO NEGRO, 218 Y 220^A.

MONTEVIDEO.



EL TE LIPTON

HA OBTENIDO EL GRAN PRIX

EN LA EXPOSICIÓN DE PARÍS (1900)

Estando en competencia con

las principales marcas

de tees del mundo.

AGENCIA DEL TE LIPTON

130—CALLE MISIONES—130

MONTEVIDEO

Específico Etereo-Antireumático

DEL

Dr. SERVETTI



MARAVILLOSO MEDICAMENTO PARA LA CURACIÓN

DEL

Reumatismo, lumbago,

ciática, dolores neurálgicos,

dolores musculares, etc., etc.

Una pincelada sobre
la parte enferma calma en el acto el dolor

Depósito general:

Droguería del Indio

18 DE JULIO, 114.

MONTEVIDEO.

PASTILLAS DEL DOCTOR PUY

ESPECTORANTES   

  BALSAMICAS

Soberano medicamento

PARA CURAR

La tos, catarro,

dolor de pulmones,

bronquitis, mal aliento,

influenza, asma, etc., etc.

Basta una sola pastilla del doctor PUY para calmar
la tos, y un día para curarla

No es remedio secreto, pues su fórmula va impresa en
cada caja

Las pastillas del doctor Puy NO SON NEGRAS
NI CONTIENEN OPIO

— SE VENDEN EN TODAS LAS FARMACIAS. —





Un entierro en la Legación inglesa, en Pekín

ha rezado la oración de los muertos, junto al cadáver colocado al bordé de la fosa. Los soldados han escuchado las palabras del pastor, arrodillados y con la cabeza descubierta.
Llegado el momento de entregar á la tierra el cuerpo, después de depositado éste en el fondo de la fosa y en el instante en que el soldado encargado de la triste misión de sepulturero, arroja sobre el ataúd la primera palada de tierra, un piquete descarga sus carabinas á un tiempo, despidiendo así al que deja el mundo de los vivos.
Esta escena reproduce nuestro grabado.

Algunos soldados, y hasta jefes ingleses han caído en la lucha que las potencias europeas han sostenido en Pekín contra el ejército de los boxers.

Hoy puede considerarse la rebelión como sofocada, por lo menos momentáneamente, cosa por la que hay que dar gracias á las potencias que en ese asunto han representado la civilización. á veces haciendo barbaridades.

Entre las escenas dignas de ser reproducidas gráficamente á que han dado lugar los sucesos desarrollados en China, puede figurar la que representa nuestro grabado.

Se trata del entierro de un militar inglés muerto en una acción y al que se da sepultura en la legación inglesa de Pekín con todos los honores de ordenanza.

Cavada la fosa, el pastor protestante que pertenece al personal de la legación,

Las sabrosas galletitas **LOLA** de C. ANSELMI

Se sirven en todos los recibos familiares, como acompañamiento preciso de una aromática taza de té.

Por su sabor agradabilísimo y delicadeza de confección, se ha impuesto en todas partes. Es la galletita de moda en todas las recepciones.



HOUBIGANT-PARIS

Nuevos perfumes para el pañuelo que han merecido la más alta distinción

EXPOSICIÓN 1900

REINA
GYRANO



HIMÉNÉE
MARCHERITA

LOLITA

SE ENCUENTRAN EN VENTA EN LAS PRINCIPALES PELUQUERÍAS

El Presidente Krüger en Francia



El Presidente Krüger bajando del «Gelderland»

Las manifestaciones de simpatía que han acogido al presidente de la República Sud-Africana durante su estadía en Francia han sido, bajo todo punto de vista, dignas de tal huésped y de la gran república.

Las viñetas que publicamos en este número darán cabal idea de los festejos celebrados, y como reproducciones fotográficas reflejan exactamente la faz de las manifestaciones á Krüger.

El jueves 22 de Noviembre, el *Gelderland*, que era esperado desde la víspera, pero que había sido detenido por el mal estado del mar, estaba á la vista de Marsella, donde fondeó á 800 metros de la extremidad del malecón.

A las 11 menos cuarto de la mañana, después de despedirse de los oficiales del crucero, el Presidente Krüger, acompañado del doctor Leyds, de su intérprete el doctor Van Hammel, y de los ministros transvaalenses, descendió á una falda que ostentaba la bandera holandesa, y diez minutos después, llegaba al muelle de la Joliette.

Su desembarco fué saludado por un inmenso clamor que se elevaba, á la vez de los buques fondeados en el puerto, de las casas vecinas y de la multitud esparcida por los muelles y los pontones. En un sitio reservado, los miembros de los comités por la independencia de los boers, estaban prontos á darle la bienvenida: El señor Thourel, antiguo procurador general, presidente del comité marsellés y el señor Pauliat, senador, presidente del comité central de París hablaron uno después de otro después Krüger, agradeciendo pronunció un discurso de

Sigue en otra página.

¡¡REGALOS!!

Participo á mi clientela que he recibido una gran cantidad de artículos de Bazar los cuales se liquidan á precios increíbles en la

Joyería, Relojería y Bazar

RAMÓN GARCÉ

DE

ALBERTO CAYO

Calle 18 de JULIO, número 50

Visitar la casa para darse cuenta de la verdad.

Si quiere Vd. beber buen VINO de BURDEOS legítimo, compre el

RECOMMANDÉ

DE MIGONE Y Cía.

A \$ 2.20 LA DOCENA DE BOTELLAS

Se lleva á domicilio

Pedidos por teléfono: De Montevideo, 863

Surtido general de vinos y artículos de almacén.

CALLE MISIONES, NÚM. 65

INTERESA A LAS SEÑORAS LA POMADA DEL GLOBO

ES LA ÚNICA QUE QUITA LAS MANCHAS, PECAS Y GRANOS DE LA CARA, Y CONSERVA EL CUTIS SUAVE, FRESCO Y HERMOSO

EL JARABE PARA EMPACHO

Es el remedio infalible para curar las diarreas é indigestiones de los niños

BOTICA DEL GLOBO.—Calle 18 de Julio, número 8
MONTEVIDEO

DE INTERÉS GENERAL

Los que deseen asesorarse de la bondad de los **Comprimidos Pépsicos del doctor Puyggari** no tienen más que consultar la opinión de aquellos que han tenido que usarlos. Las miles de personas que han empleado este agente terapéutico para las enfermedades del estómago, están contestes en que su eficacia es tan cierta, que aún las dispepsias más rebeldes que no habían cedido ante ningún tratamiento fueron curadas radicalmente por medio de los comprimidos pépsicos. Dudar de su bondad es dudar de la luz del día.

Exhortamos á todos aquellos que sufran ese terrible mal en cualquiera de sus manifestaciones el empleo de los **Comprimidos Pépsicos** en la seguridad que hallarán alivio inmediato desde las primeras tomas y la curación completa con el empleo constante y racional de este valioso medicamento.

Es el auxiliar más seguro para combatir las digestiones rebeldes y si se tiene en cuenta que en su preparación se han eliminado las causas que pudieran alterar su acción como digestivo, dándole á la vez una forma agradable á la vista y al paladar, hacen de este medicamento el agente más eficaz para combatir todos los males del estómago.

Esta opinión está robustecida por la declaración espontánea de los mejores médicos argentinos que han tenido ocasión de emplear este medicamento en sus clínicas, los cuales no vacilaron en asegurar que los resultados alcanzados, han sido en un todo satisfactorios, habiendo contribuido según el ilustre doctor del Arca á restaurar la casi perdida fe en la pepsina, de cuya acción, dudaban los facultativos, en vista de la ineficacia de ese producto.

Y no es extraño en verdad que se dudase de la eficacia de la Pepsina, la cual cuando está en la plenitud de sus condiciones de fuerza é integridad de sus propiedades es un poderoso fermento digestivo, pero la poca escrupulosidad de algunos fabricantes, ó la ignorancia de ciertos preparadores han adulterado y viciado en tal forma, que lo hacen inadecuado, al objeto que se destina é ineficaz en la mayoría de los casos.

Esto no sucede con los **Comprimidos Pépsicos del doctor Puyggari**, quien ha tenido que vencer enormes dificultades y gastar ingentes sumas para obtener un producto de una perfecta conservación, y de cuyos efectos terapéuticos, dan fe los numerosos ensayos practicados.

RESERVADO

PARA EL

APERITIVO SANTA JULIA



TINTA URUGUAYA

Inalterable á la luz y á la humedad

La sola que escribe negro.
La única que sirve para marcar la ropa. Es la mejor para escribir. Preparada por el farmacéutico y químico:

FRANCISCO SCANAVINO

EN VENTA: AVENIDA G. RONDEAU, 265

Librerías y Ferreterías.

TINTURA BROUX, LA CAJA \$ 3.00

TINTURA LA PARISIENNE, LA CAJA \$ 2.00

Para el cabello

y la barba

éxito garantido

VENTAS, APLICACIÓN É INFORMES

180—AVENIDA GENERAL RONDEAU—180

— CARLOS BELLOCQ —



El Presidente Kruger bajando de la falúa del «Gelderland» en muelle de la Joliette

la 'antecámara' de su apartamento privado, donde un coro de voces infantiles entonaba el Himno del Transvaal. Los cantantes, acompañados por la señora Pierson, eran cinco niños, el mayor de los cuales sostenía la bandera transvaalense y eran los dos hijos y los sobrinos del señor M. J. Pierson, consul general de la República Sud-



El Presidente Kruger saludando á las banderas de las corporaciones militares en el hotel Noailles en Marsella

Africana. Durante toda su permanencia el venerable presidente no cesó de ser aclamado, sea cuando se asomaba al balcón del hotel para saludar con noble simplicidad á la multitud continuamente apiñada bajo sus ventanas, sea cuando recibió á las numerosas delegaciones de los comités, sociedades, de la juventud y de las escuelas; sea cuando salió en coche para ir al Hotel de Ville ó á los ministerios,

elocuente concisión, que, traducido por el doctor Van Hammel, emocionó profundamente al auditorio.

Terminados los discursos, el presidente y su comitiva subieron en los coches que les esperaban para conducirlos al hotel Noailles, pero el cortejo no pudo, sin gran trabajo, abrirse paso á través de las filas apretadas de la multitud, desbordante de entusiasmo. La ovación duró lo que la travesía, y fué una ovación sin igual, en la que la población de Marsella ponía lo mejor de su fogaosidad meridional: en las ventanas se agitaban pañuelos, flotaban flores sobre el coche presidencial que pasaba escoltado por las delegaciones de las sociedades militares locales, con sus banderas desplegadas. Cuando Kruger bajó por fin del landau, esas banderas se inclinaron ante él, saludando con gesto magistral, en su persona, á los valientes guerreros de aquel país del que Kruger, á pesar de la distancia que le separa, es siempre el jefe venerado.

Al siguiente día, de mañana tomó el tren rápido para Dijón, donde pasó la noche en el hotel de la Cloche. Allí, como en las cortas paradas en las estaciones de Tarascon, Avignon, Valence y Lyon fué aclamado y discursado, recibiendo los testimonios del respeto de los altos funcionarios, de las municipalidades y de las poblaciones. Estas demostraciones de una cordialidad tan espontánea no eran más que un preludio de las que le esperaban en París.

En la capital de Francia, á donde llegó el 24, la estación no ofrecía el aspecto del puerto de Marsella, pero, desde que bajó del vagón, pudo gozar el espectáculo sin igual de la multitud innumerable que hace tan imponentes las manifestaciones populares de la enorme ciudad.

Desde la Bastilla, los boulevards transformados en calle triunfal le llevaron hasta el hotel Scribe, cerca de la Ópera. En el momento en que entraba, mientras que resonaban fuera los vivas frenéticos, una escena bella y conmovedora se desarrollaba en

la 'antecámara' de su apartamento privado, donde un coro de voces infantiles entonaba el Himno del Transvaal. Los cantantes, acompañados por la señora Pierson, eran cinco niños, el mayor de los cuales sostenía la bandera transvaalense y eran los dos hijos y los sobrinos del señor M. J. Pierson, consul general de la República Sud-

Sigue en otra página.

REGALOS DE AÑO NUEVO
SE ENCUENTRAN DE LOS MÁS LINDOS Y ECONÓMICOS
EN EL

BAZAR YANKEE

CALLE SARANDI NUMERO 389, ENTRE LAS DOS PLAZAS



APARATO
YANKEE N. 2
\$ 3.50

Para placas $1\frac{1}{4} \times 4\frac{1}{4}$ pulgadas (8×10 centímetros) con 2 visuales, con chasis doble.



TIRO
SEGURO
\$ 2.00

Ya conocido y renombrado, para instantáneas y exposiciones prolongadas. Lleva todos sus accesorios para la revelación.

CASTAÑUELAS

ESPAÑOLAS



EL PAR 4 CENTÉSIMOS



IMPRENTA
"EL ATLAS"
Con todos sus accesorios.

\$ 1.50



EL TIPOGRAFO

Para reemplazar los «Letrógrafos» de alto precio. A 40 centésimos.



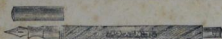
CAJA DE TIPOS DE GOMAS
Completas 16 centésimos



EL MINISTRO

Máquina de escribir, práctica en todo sentido. Con todas las letras números y señas.

PRECIO: \$ 5.00



Lapicera con tinta y pluma de oro, 14 kilates
\$ 1.50

Pedidos de la campaña diríjanse á

Casilla de correo 145, con el importe de los artículos en giros postales

PÍDANSE CATALOGOS

Rojo y Blanco

SEMANARIO ILUSTRADO

DORNACHECHE Y REYES
EDITORES

ADMINISTRACIÓN:
CALLE 18 DE JULIO, 77 Y 79

SAMUEL BLIXÉN
DIRECTOR

Año II

MONTEVIDEO, ENERO 1.º DE 1901

Número 1

Aurora sin luz

SIEMPRE andaba entre los arbustos de arazá, con su cabellera negra al descuido y sus grandes ojos tristes, que al fijarse detenían al transeunte, como dos luces misteriosas. Era la asidua compañera de la libélula y del tordo, en la zona del despoblado y la hierba agreste. Todos cuantos pasaban contemplaban con lástima á la pobre Aurora, porque ella miraba, pero no veía. La conducía siempre de la mano Joaquín, su hermano pequeño. En sus ojos hermosos reinaba una noche profunda, la que existe en el boquerón austral del firmamento. ¡Y cuánta ternura en el fondo de aquellos dos abismos formados con la gota serena! Nerviosa y pálida, llena de esos reflejos que da al rostro la temprana juventud, aunque el pesar lacere el seno, había ganado en el sentido del tacto mucho de lo perdido en el otro; y ya en el campo solía desprenderse de su hermanito y caminar á solas, tanteando el suelo con una varilla de junco.

Yo conocí aquella linda Dea silvestre, de cuerpo gentil, pie menudo, manos delgadas y boca encendida, ornada con un bocito semejante á la pelusilla de una fruta deliciosa.

Cuando inclinaba sus ojos al suelo y quedaba como embebida en una cavilación, recordaba á esas vírgenes de los cuadros maestros en actitud de orar, con el cabello en bandas y los labios entreabiertos, lo bastante para dar salida á los soplos íntimos del alma.

Tenía la voz dulce, á modo de ruego. Parecía adivinar en los pasos, en los murmullos, en los rumores más lejanos, quien se aproximaba, hablaba ó reía. Escuchaba con unción el canto de los pájaros, especialmente el del zorzal ó la calandria. Y así que terminaban sus seductores himnos al abrir de la mañana ó al fulgor de las es-

trellas, permitíase modular á su vez algún aire sencillo, de aquellos que le había enseñado al son de la guitarra su amado Plácido, el gallardo manco, antes de irse á la guerra.

Unos lloran penas,
y otros el amor:

yo lloro la ausencia,
que es el mayor dolor!

Pulsaba bien la guitarra, trasmitiendo á sus cuerdas como un fluido la intensidad de su sentir y el encanto de sus ensueños.

Pero, ya todo esto había cesado.

Tiempo hacía que no sabía de él, y los combates se sucedían cruentos é implacables. No pocos del pago habían caído para siempre. Al luto de sus ojos, unía el duelo de su amor. Su pobre amor sin lumbre, sin destellos, sin relámpagos, conocido apenas por las caricias en las manos, y algunos besos en la boca, por las palabras ardientes de su novio, y sus promesas adorables de hacerla su esposa á la vuelta de la batalla y de la gloria!

En aquella guerra terrible, de ahora treinta años, se luchaba sin perdón.

En la honda noche de Aurora, no lucía ni una tenue esperanza. Vivía en absoluto abatimiento.

Y vagando por el campo, sin ánimo ni alegrías, dijo una tarde á Joaquín:

—¿Te acuerdas de Plácido?

—¡Oh, sí! respondió el pequeño con una explosión de gozo. Era mi amigo. La tarde que se fué, montaba un oscuro que daba envidia, y más envidia tenía yo de no ser hombre como él para prenderme el sable....

—¡Calla criatura!... ¿Tenía bigotito negro ¿verdad?

—Sí, Aurora.... Tú no lo sabes porque estás ciega.

—¡Ya, ya!... ¿Y cuando me miraba, te parece me quería, Joaquín? No me engañes....

—Te comía con los ojazos.... Una vez que te



puso unas flores en las manos juntas, te las besó sí, con ganas!... Y tú le alargastes el pico, ¡yo lo ví!...

Por el pálido semblante de la joven pasó una llamarada rápida, ante aquel recuerdo. Y extendiendo el brazo estremecida cual si quisiera palpar una sombra en el vacío, murmuró con su acento de plegaria:

—¿No volverá más, hermanito? Tú habrás oído decir algo que no me dicen á mí, verdad?... Cuéntame todo, yo te lo ruego.

—¡Eh!—repuso el niño compunjado, cogiendo entre las suyas la mano de Aurora.

Y con los ojos húmedos por el llanto que le acometió de súbito, añadió con ingenua vivacidad:

—Cuando abuela lloraba en casa una noche, aquella noche de tormenta, ¿ya te olvidaste?...

—¡No, Joaquín!

—Cuando ella se puso á llorar, era que....

—¡Sí, sí! ¿que era?

—¡Era que lo habían matado en la guerra, á Plácido!

Aurora se quedó callada y fría, con un gran temblor en todo el cuerpo, y las pupilas fijas, inmóviles, sin el menor pestañeo, vueltas hacia el sol poniente.

El niño se asustó al mirarla, y dió expansión á sus sollozos.

En aquellos lindos ojos sin luz, el alma parecía agolparse desesperada, como quien forcejea por aire y claridad desde el fondo de una tumba.

Peró, bien pronto, ella retuvo á Joaquín, y lo besó con ternura indecible, susurrando á su oído:

—No te aflijas, porque yo sufro... Pronto acabará esta pena horrible.

Y estrechándolo entre sus brazos, lo tuvo así largos momentos, acariciándolo, arrullándolo, como se arrulla á una muñeca, entre lágrimas y sonrisas, con el corazón á saltos. Después, pasándole las manos trémulas por la cabeza y el cuello, díjole muy bajo, con una expresión de cariño infinito:

—Ya estoy bien, Joaquinito, no llores más... ¡Qué se ha de hacer! Olvidemos todo eso. ¿Quieres llevarme á la orilla del río, allá bajo aquel árbol donde siempre me siento á descansar? Debe ser tarde ya... Un momentito no más... Mientras tú recojes nidos, yo tomo mucho aire junto al agua, y luego nos volvemos.

—¡Ah, el arrayán! prorrumpió el niño, tornando á la calma. Allí donde ibas con él... sí... te llevo, ¡Dame la mano!

Aurora ahogó un resuello, y echó á andar vacilante.

El lazarillo, muy junto á ella, le advertía á cada paso que no pisara ortigas y cardos.

El río estaba próximo, con vegetación rala en aquella parte, al borde de alta barranca trabajada por las corrientes.

Cuando llegaron al sitio, los rayos solares herían oblicuos la superficie, y se alzaba en el paisaje un gran rumor de trinos y aleteos.

—Ya llegamos, observó Joaquín. No te muevas, porque sino perderás el pie. El río es hondo como un pozo de tirar agua...

—No, repuso Aurora. No tengas cuidado. Yo me siento aquí, y te espero.

El niño se fué apartando poco á poco, de un árbol á otro árbol, hasta que trepó ágil á un sauce donde había nido de torcazas.

Su hermana había quedado quieta y silenciosa, como atenta al leve ruido de sus pasos en las hierbas.

Así que dejó de percibirlo, hincóse de improviso, y se arrastró sobre las rodillas; sus manos temblorosas tantearon el terreno, hasta dar con el borde de la empinada barranca; acercó la cabeza cuanto pudo para sentir el vaho del abismo; y por algunos instantes lo aspiró con cierto deleite, como atraída y dominada.

Un segundo después, dejóse oír un grito débil, como sofocado por la asfixia, y el ruido de la caída en el agua.

En tanto, Joaquín seguía en su faena de persecución de avecillas; y solo cuando el sol se puso, extrañando no ser llamado como de costumbre para el regreso, vinoose presuroso, con varios nidos en las manos á la costa.

Vió recién sorprendido que la ciega no estaba bajo su árbol favorito, y se acercó al borde lleno de confusión...

Las aguas, allí profundas, estaban tranquilas é inmóviles, sin un remolino ni una burbuja; pero el niño notó con espanto entre hojas de camalotes en flor, dos ojos negros, muy negros que le miraban fijos, muy fijos desde el fondo, y le daban el último adiós!

Eduardo Acevedo Díaz.

En un álbum

Para vos desprendida de mi mente,
La estrofa os dejo aquí, señora mía,
Que, por ser para vos, cincelaría
Como una ánfora griega transparente.

Quiero que mi alma con su ritmo aliente,
Empaparla en recuerdo, y así un día,
El sonar de esta blanda melodía
Os dirá el nombre del amigo ausente.

Mañana, cuando el tiempo haya corrido,
Si mirais esta página en que intento
Mi nombre defender de vuestro olvido,

Al vibrar en mi verso el pensamiento,
Un algo ha de pasar por vuestro oído
Como un adiós que pasa por el viento.

Juan Zorrilla de S. Martín.



Alegoría de fin de siglo, para "Rojo y Blanco", por R. von Steiger

El Pardo

Cómo se llamaba? Nadie lo sabía ni él tampoco. Seguramente, cuando lo soltaron de prisa al mundo no se pensó en nombres, ni aún en el de su padre... Le decían *El Pardo*, y eso porque sí, porque no era pardo siquiera. Todos sabían, en cambio, que era vago de oficio, tal vez de nacimiento, y él, por su parte, podía atestiguar, que lo habían echado de aquí, de allí, de todos lados y que sólo había conseguido consolidar su albergue en aquel rincón estéril y salvaje, manchado de chilcales; lleno de hormigueros, de cuevas de tatús y de otros bichos; y en el cual su choza no ocupaba más espacio, ni robaba más luz, que las cuevas de los tatús y de los otros bichos.

¿Por qué lo perseguían? Nunca se sabrá si *El Pardo* trató de averiguarlo. No era, por cierto, porque fuese ningún asesino, ni porque tuviese aire de serlo. Cuando se le veía en su postura habitual, tendido el gran cuerpo de hércules apoltronado, al aire el espacioso pecho, ancho como un campo velludo, la grande y soñolienta cabeza arrebatada por el arremolinado torbellino de sus crines, parecía, más que otra cosa, un apóstol;— el apóstol de esa raza de raros taciturnos, de silenciosos inofensivos, que aparecen de cuando en cuando tal vez como abortos de cruzamientos demasiado frecuentes y atrevidos. Hasta tenía unos hermosos ojos, profundos, de soñador, llenos de extraños mirajes,—esos ojos de los poetas tristes que se consumen en una constante producción eterna y sin salida!

El único defecto de *El Pardo* era que no podía trabajar. Y el mal—si era mal—no tenía remedio. No habían trabajado sus padres, seguramente no lo habían hecho sus abuelos, y no comprendía porque había de hacerlo él. Por otra parte, todo lo que veía á su alrededor no era de lo más apropiado para romper su tradición de familia. En el mundo—al menos en el que conocía—nada trabajaba. Los árboles no tenían más que dejarse estar para crecer y dar sus frutos; á los arroyos les bastaba con esperar las lluvias; el toro, el potro, el mosquito, el último de los gusanos no tenían más que tomar lo que encontraban á mano para vivir gordos y felices. De aquella auto-enseñanza contemplativa parecía haber sacado la vaga noción de una fórmula avanzadísima: el derecho á la plenitud de la vida sin el más mínimo esfuerzo, y por eso, si alguna vez se

le hubiese ocurrido pensar en su suerte habría sido para demostrarse que él, por lo menos, debía ser tanto como el toro, el árbol, el arroyo... Es verdad que á veces el toro concluía por trabajar, cuando se dejaba someter, cuando se daba por vencido, cuando lo hacían buey... Pero, sobre esto, él tenía ideas muy claras. Tal vez de los mismos antepasados que había heredado su amor por la suprema pereza, por la vida silenciosa del vagabundo solitario, había heredado un inquebrantable instinto de independencia. Él no podía someterse, no podía ser vencido. ¡Antes muerto que buey!... Por lo demás, sus necesidades no eran como para hacerle cambiar de rumbos. Su terrible sobriedad sólo era comparable á su terrible inercia. Nacido casi espontáneamente como los yuyos que le sirvieron de cuna, había vivido y vivía casi tan espontáneamente como los mismos yuyos. La mayor parte del tiempo le bastaba con el agua de la cañada y con el gran sol que encontra-

ba en todas partes. Lo que no obstaba para que, en los raros días buenos, en los venturosos días abundantes, comiese y comiese sin prisa y sin fin, almacenando en su complicado estómago de dromedario para las inseguras etapas de su desierta existencia...

En la cueva de *El Pardo* se abrigan también un muchacho y una vieja. La figura del muchacho era su mejor fe de bautismo y el peor símbolo de su destino. Tenía el mismo cuerpo de hércules naciente, el mismo estómago sufrido é incommensurable de dromedario, la misma cabeza grande y soñolienta, los mismos ojos profundos y pintorescos del poeta estéril... No de balde lo habían bautizado con el único apodo del hijo de *El Pardo*. Era *El Pardo* mismo vaciado en molde más chico. Sólo le faltaba estatura y barba y la barba y la estatura vendrían si se les daba tiempo. De la vieja, por habérsele visto siempre junto al *Pardo* podría sospecharse que fuese la madre, ó la madrastra ú otra cosa parecida. Tercamente silenciosa, de edad indefinible, de figuración indefinible, casi impalpable, parecía una sombra de una raza pasada. Su cara apergaminada era una máscara de cuero seco. Sus ojos, de vidrio, fríos, fijos, sin pestañas, sin lágrimas, no tenían nunca el menor destello, como si estuviesen aislados del alma, si es que en aquel cuerpo mezquino podía haber una. Jamás la menor queja, jamás el menor deseo, y si no se



la viese de tarde en tarde devorando capones enteros se le habría podido tomar por un espanta pájaros sin movimiento.

El perro que completaba la vivienda — un perro

viejo, overo, de orejas cortadas y de mirada vivísima era, sin duda, el sér más inteligente, ó por lo menos el más equilibrado de la familia. En los momentos difíciles era el hombre de las iniciativas y de las resoluciones. Cuando la dieta se había

hecho demasiado larga y sentía la piel de su flácida barriga demasiado cerca del espinazo se permitía sus gruñidos de protesta. Echado junto á su amo, mirándolo fijamente, intensamente, parecía preguntarle entre nerviosas sacudidas de cola, si ya no era tiempo de ir en busca de alguna presa... Y cuando desesperaba de conven-



cerlo, malhumorado y descontento, con veleidades de abandonar para siempre aquella sociedad que sólo le había acarreado desdichas é indigestiones, se iba campo afuera y se lanzaba por su

cuenta á la caza desesperada de cualquier cosa, para devorársela silenciosa y egoístamente detrás de una mata. Y cuando había satisfecho su exaltada hambre canina, después de limpiarse cuidadosamente el hocico en la grama para borrar

todo rastro del delito de su banquete no compartido, volvía triste y avergonzado hacia sus compañeros, disimulando la repentina preñez de su buche y mostrando en su mirada recelosa, en su cola abatida y sus orejas gachas todo el peso de sus remordimientos...

Domingo Arena.

La fundación de Montevideo

Señores Redactores de Rojo y Blanco:

El trabajo que ustedes me piden sobre la fundación de Montevideo, no es aparente para Rojo y Blanco, por su extensión.

El constituye una de las conferencias que sobre geografía histórica nacional he comenzado á dar en la Universidad, y por eso, sus dimensiones ultrapasán las que puede permitir un semanario, que para satisfacer los diversos gustos de muchas clases de lectores, tiene que presentar gran variedad de materias, y por cuya circunstancia, cada una de ellas, debe ser tratada brevemente. No caben, pues, las descripciones detenidas aunque fueran interesantes y amenas. La concisión, la síntesis, la noticia en forma original y casi telegráfica, son el molde moderno consagrado por este periodismo para fundir en él las ideas;—y así, es muy difícil y hasta imposible decir como fué el primer día de Montevideo.

Por eso, aunque contrarie el deseo que tengo de complacer á Vds. voy á limitarme á bosquejar una ligera sinopsis que en pocas líneas ofrezca una, aunque pobre descripción de como fué ese primer día de la ciudad que más tarde había de llegar á ser la Metrópoli del Uruguay.

Ninguna Capital americana de las que se fundaron bajo la dominación española, puede restablecer su génesis como la nuestra.

Yo me dediqué á un estudio detenido de ese su primer momento, y después de dos años de pacientes y laboriosas investigaciones á través de los documentos históricos y cartográficos, de esos tiempos ayudado á la vez por la naturaleza prolijamente interrogada, conseguí rehacer en un plano topográfico, la estructura de la península en aquella época, y el trazado de la delineación que hizo el ingeniero don Domingo Petrarca para repartir las manzanas y solares de la nueva población entre sus primeros vecinos. Este plano, que es el fruto de una larga y difícil reconstitución del pasado, y que me ha de sobrevivir y ha de honrar mi memoria por el mérito intrínseco que tiene, y porque es la Fe de Bautismo de Montevideo, es el que en este momento me facilitará los datos que voy á sintetizar en esta página que con mucho gusto escribo para Rojo y Blanco.

El 24 de Diciembre de 1726 es el primer día oficial de Montevideo, por más que debió serlo mucho antes, como lo demostraríamos si eso no nos demandará dilatado espacio.

Gracias á la codicia portuguesa, la *vaquería de Buenos Aires* (la Banda Oriental) tuvo desde esa fecha una ciudad trazada por el capitán Ingeniero don Domingo Petrarca, autor de los proyectos de fortificación que después había de convertirla en la primer plaza fuerte de estas regiones, y cuyo recinto fué repartido

en lotes por el Capitán de Coraceros don Pedro Millán cumpliendo el mandato del Mariscal don Bruno Mauricio de Zabala Gobernador del Río de la Plata, quien á su vez daba tardía realización á las repetidas Reales Órdenes que disponían la creación de esta ciudad, que desde esta fecha echaba sus cimientos bajo el patronato de San Felipe y Santiago.

Reinaba en ese momento don Felipe V de España y la bandera á cuya sombra se labró el acta fundamental dando término y límites á la jurisdicción de Montevideo, era blanca con la cruz morada de San Andrés en el centro.

Entonces la risueña península en que vivimos, se ofrecía á la vista del que la contemplara desde el puerto, como hoy se presenta la de Punta de Carretas: cubierta de verde pasto, y sembrada á trechos por alguno que otro árbol y arbusto.

Pocas y pobres poblaciones — seis ó siete, — de paredes de piedra ó adobes, con techos de tejas ó de paja y también de cueros, se destacaban en la ladera del norte, cerca del mar, revelando que el hombre civilizado había tomado posesión de la hermosa colina, que en su extremo occidental mostraba también un símbolo de fuerza. al destacar las obscuras paredes de una batería que después había de convertirse en la Fortaleza de San José que nuestra generación llegó á conocer.

Muchos animales vacunos y caballares pacían sobre la toma y las laderas de la península cubierta de verdura.

La planta que había trazado el Ingeniero Petrarca, para servir de base á la ciudad, se componía de 32 manzanas delineadas en la siguiente forma: Con frente al Norte sobre la que es hoy calle de las Piedras, siete manzanas, que son las que actualmente se comprenden entre las calles de la Ciudadela y de Zabala.

Detrás de éstas, otras cinco, ó sean las que con frente al Norte sobre la calle del Cerrito están entre las de Ciudadela y de los Treinta y Tres.

Detrás de éstas, otras cinco, entre las mismas, y con frente á la de 25 de Mayo.

Detrás de éstas, otras seis manzanas, y la Plaza Mayor (hoy de la Constitución) desde la calle de Ciudadela hasta la de Alzáibar.

Detrás de éstas, otras siete, comprendidas desde la calle del luncal hasta la de Alzáibar; — y detrás de éstas, otras dos manzanas, entre las calles de Ituzaingó y Misiones.

De estas 32 manzanas descriptas, solo se repartieron ese día, 18. El resto quedó para adjudicarse á los pobladores que vinieran después.

Las diez y ocho manzanas repartidas, lo fueron en la forma siguiente:

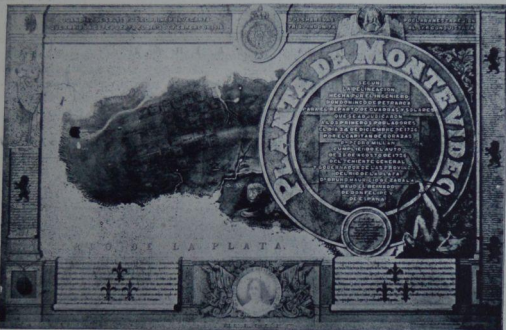
En la manzana número 1 que es la que actualmente se comprende entre las calles Piedras, Cerrito, Ciudadela y Juncal, se adjudicó un cuarto de cuadra, formando esquina con las actuales calles de Piedras y Juncal, a Ramón Sotelo (1). El resto de la manzana, fraccionada en tres lotes iguales al anterior quedó sin repartir.

La número 2, ó sea la actualmente comprendida entre las calles Piedras, Cerrito, Juncal y Cerro, fué repartida en tres lotes: Uno de media manzana, con frente de una cuadra a la calle Juncal, y de media de fondo a las de Cerrito y Piedras respectivamente, al Ayudante Bernardo Gaitán, natural de Buenos Aires, de 43 años, que con su familia compuesta de ocho personas del sexo femenino, había venido á establecerse hacia algún tiempo con permiso del Cabildo. Un cuarto de manzana en la esquina de Piedras y Cerro se le dió á la viuda é hija de un soldado, Gerónimo Pistolete, que había perecido ahogado en el río Santa Lucía. Esta familia tenía en ese terreno una casa de piedra con techo de teja. El otro cuarto de esta manzana, fué donado á Luis de Sosa Mascareño, (2) soldado de caballe-

aperos. Fué, pues, la primer población europea en la ciudad de Montevideo una estancia, lo que no es extraño, porque la Banda Oriental no era otra cosa que la *esqueria* de Buenos Aires y sobre todo en la parte del Este. (Véase mi primer conferencia dada en la Universidad sobre la Región del Este.)

La manzana número 4, que es la que actualmente está comprendida entre las calles Piedras, Cerrito, Cámaras é Itzaingó, fué adjudicada á don Juan Antonio Artigas, natural de Zaragoza, soldado de caballería de la compañía del Capitán don José Martín Chauri. Tenía Artigas 30 años, y su familia se componía de cinco personas. También se hallaba poblado ya con permiso del Gobernador, Artigas y Burques eran parientes, casados ambos con hijas del Capitán Salvador Carrasco y de doña Leonor de Melo y Cultiño.

La manzana número 5, ó sea la que actualmente está comprendida entre las calles Piedras, Cerrito, Itzaingó y Treinta y Tres, fué fraccionada en tres lotes que se adjudicaron de la manera siguiente: Uno de media manzana teniendo una cuadra de frente á la calle de los Treinta y Tres, y media á las de Piedras y Cerrito, respectivamente, fué donado á Juan Martín y su familia



PLANO QUE DEMUESTRA CÓMO ERA LA PENÍNSULA Y LA PRIMERA PLANTA DE LA CIUDAD DE MONTEVIDEO EL DÍA 24 DE DICIEMBRE DE 1726, CONSTRUÍDO POR EL AGREMENSOR DON FRANCISCO J. ROS CON ARREGLO Á LOS DOCUMENTOS HISTÓRICOS CARTOGRAFICOS DE AQUELLA ÉPOCA.—(Dimensiones 19x965.)

ría de la compañía del Capitán don Justo Palafox y Cardona.

La número 3, ó sea la que actualmente se halla comprendida entre las calles Piedras, Cerrito, Cerro y Cámaras, fué adjudicada por entero á Jorge Burques, genovés, de 35 años, vecino de Buenos Aires, quien con su familia compuesta de cinco personas de ambos sexos había venido á poblarse desde hacia tres años con licencia del Gobernador Zabala, y había edificado casa de piedra cubierta de teja con ranchos y oficinas, y hecho una huerta con plantas y arboledas. Este sujeto puede considerarse como el primer vecino de Montevideo, aunque su establecimiento fué en calidad de estanciero y su ocupación hasta allí, la de apacentar ganados, pues dicen los documentos de esa época que mantenía ganados mayores, vacunos y caballares, y tenía carretas y

compuesta de ocho personas. Tenía Martín 45 años, era natural de Santa Cruz y había venido el 19 del mes anterior entre los pobladores que de las Islas Canarias trajo el navío *Nuestra Señora de la Encina*. Otro lote de un cuarto de manzana en la esquina de las calles Cerrito é Itzaingó fué donado á José Demetrio, canario, casado con una de las hijas de Juan Martín. Y el otro cuarto de cuadra, en la esquina de las calles Piedras é Itzaingó, que había pertenecido al finado Pedro Gronardo, práctico del río, (que fué quien avisó á Zabala el 1.º de Diciembre de 1723 que los portugueses habían desembarcado en la península de Montevideo y la estaban fortificando, con cuyo aviso se facilitó el que las fuerzas de Buenos Aires pudieran desalojarlos prontamente),—fué destinado para habitación del cirujano, pues en él existía una casa de adove que había pertenecido á Gronardo.

La manzana número 6, que es la actualmente comprendida entre las calles Piedras, Cerrito, Treinta y Tres y Misiones, se adjudicó á Juan Bautista Callo, francés, de 39 años, natural de Nantes, soldado de infantería de la compañía del Capitán don Juan Carabajal, quien había venido de Buenos Aires, tres años antes, con su familia compuesta de tres personas, con permiso del Gobernador, para poblarse en la península con casa y estancia de cría de ganado mayor.

La manzana número 7 que es la actualmente comprendida entre las calles Piedras, Cerrito, Misiones y Zabala, fué deslindada para dos sujetos de la Compañía de Jesús que en ella tenían edificada una capilla y su habitación.

La manzana número 8 no se repartió.

La manzana número 9 que es la comprendida entre las calles Cerrito, 25 de Mayo, Itzaingó y Cámaras,

(1) Este Ramón Sotelo, no obstante figurar en el libro Padrón como propietario desde este día 24 de Diciembre, aparece después en el mismo libro Padrón con fecha 22 de Febrero siguiente, pidiendo que se le empadronase entre los pobladores de la nueva planta, repartiéndosele solar y tierras de campo porque al día siguiente piensa contraer matrimonio con María González Barrozo. No consta pues, si pide otro solar, ó si se refiere al que se empadronó para él el 24 de Diciembre ó si el pedido es para el que le den tierras de campo.

(2) Este poblador, también aparece presentándose con fecha 21 de Enero siguiente pidiendo que se le asiente por uno de los pobladores y se le reparta, como á los demás, sitios y heredades porque va á contraer matrimonio con doña Leonor de Morales.

fué fraccionada en tres lotes. Uno de una cuadra de frente a la calle Ituzaingó, por media cuadra de fondo a las de Cerrito y 25 de Mayo respectivamente, fué donado a Ángel García, canario, venido en el navio *Nuestra Señora de la Encina*, con su familia compuesta de nueve personas de ambos sexos;—otro lote de un cuarto de manzana en la esquina de Cerrito y Cámaras se le dió a Estevan Ledesma; (1) y el otro lote, también de un cuarto de manzana en la esquina de 25 y Cámaras se le adjudicó a Isidoro Pérez de Roxas y Cabrera, natural de Santa Cruz, de 34 años, y con cuatro personas de familia, del sexo femenino.

La manzana número 10 que es la que actualmente se comprende entre las calles Cerrito, 25 de Mayo, Cámaras y Cerro, fué fraccionada en tres lotes de los cuales, uno de una cuadra de frente a la calle Cámaras, y de media de fondo a las de Cerrito y 25 respectivamente, fué adjudicado a Felipe Pérez de Sosa, natural del Zauzal, de 38 años, con familia de nueve personas de ambos sexos, venidos en el navio *Encina*. Otro lote compuesto de un cuarto de cuadra en la esquina de las calles Cerrito y Cámaras, se le dió a Sebastián Carrasco;—y el otro lote en el que habitaba el ingeniero Petrarca, en un rancho de cueros, quedó sin repartir.

La manzana número 11 que es la actualmente comprendida entre las calles Cerrito, 25 de Mayo, Cerro y Juncal, se fraccionó en tres lotes: uno con una cuadra de frente a la calle del Cerro, por media de fondo a las de Cerrito y 25 respectivamente, se le dió a Cristóbal Núñez de Añasco;—otro de un cuarto de manzana en la esquina de Cerrito y Juncal se le donó a José González de Melo, de 42 años, natural de Buenos Aires, quien había venido antes, con decreto del Cabildo de aquella ciudad, a establecerse acompañado de su familia compuesta de su esposa, hermanas de las mujeres de Artigas y de Burques, y de tres hijos varones. El otro lote de un cuarto de cuadra en la esquina de las calles 25 y Juncal se adjudicó a Tomás de Aquino, natural de Santa Cruz, de 52 años, con tres de familia, venidos en el navio *Encina*.

Las manzanas números 12 y 13 quedaron sin repartir.

La manzana número 14 que es la actualmente comprendida entre las calles 25 de Mayo, Rincón, Juncal y Cerro, fué fraccionada en tres lotes: Uno de una cuadra de frente sobre la calle 25 de Mayo, por media de fondo respectivamente a las calles de Juncal y Cerro, fué donado a Tomás González, natural de Santa Cruz, soldado, de 45 años, venido en el navio *Encina* con su familia, compuesta de nueve personas, de ambos sexos;—otro lote de un cuarto de manzana, en la esquina de las calles Cerro y Rincón, fué dado a Francisco García, de 29 años, que era agregado a la familia de Vera Suárez. El otro lote, también de un cuarto de cuadra en la esquina de las calles Rincón y Juncal, fué adjudicado a Juan de Vera Suárez, natural de Santa Cruz, de 32 años, venido en el navio con su familia compuesta de tres personas del sexo femenino.

La manzana número 15 que corresponde a la que actualmente se halla comprendida entre las calles 25 de Mayo, Rincón, Cámaras y Cerro, fué fraccionada en tres lotes: Uno con una cuadra de frente a la calle 25, por media de fondo a las de Cámaras y Cerro respectivamente, se le donó a Silvestre Pérez Bravo, natural del Zauzal, de 51 años, venido en el navio con su familia compuesta de su mujer y ocho hijos de ambos sexos. Otro lote de un cuarto de cuadra, en la esquina de las calles Cámaras y Rincón, fué adjudicado a Francisco Martín, natural de Santa Cruz, de 46 años, que vino en el navio con su mujer y un hijo;—y el otro lote de un cuarto de cuadra en la esquina de Rincón y Cerro fué dado a Bernardo Bertrich.

La manzana 16 con frente a la Plaza Mayor, que es la actualmente comprendida entre las calles 25 de Mayo, Rincón, Cámaras e Ituzaingó, fué destinada para Casas Reales y Cabildo.

La manzana 17 quedó sin repartir.

La manzana 18 con frente a la Plaza Mayor, que es la que actualmente está comprendida entre las calles Cámaras, Cerro, Rincón y Sarandí, se destinó a Cajas Reales ó Almacenes Reales.

La manzana 19, que es la que actualmente se halla comprendida entre las calles Cerro, Juncal, Rincón y Sarandí, fué fraccionada en tres lotes: Uno con una cuadra de frente a la calle Sarandí, por media de fondo a las de Cerro y Juncal respectivamente, se adjudicó a Tomás Tejera, natural de la Laguna, de 41 años, venido en el navio con su familia compuesta de su mujer y siete hijos de ambos sexos. Otro lote de un cuarto de cuadra en la esquina de las calles Juncal y Rincón fué donado a Tomás de Zepa; y el otro lote en la esquina de las calles Rincón y Cerro se le dió a Ambrosio Mardonez, natural de Chile, de 32 años, soldado de la compañía de voluntarios, a la sazón vecino de Buenos Aires, quien lo solicitó para traer su familia compuesta de su mujer y una hija.

La manzana número 20, que es la que actualmente se

comprende entre las calles Sarandí, Buenos Aires, Cerro y Juncal, fué fraccionada en dos lotes por mitad: Uno con frente de una cuadra sobre la calle Cerro, y media de fondo a las de Sarandí y Buenos Aires respectivamente, se le dió a Alonso Álvarez, maestro carpintero;—y la otra media se le adjudicó a Antonio Álvarez (1), también carpintero.

Las manzanas 21 y 22 quedaron sin repartir.

La manzana 23 que es la que actualmente se halla comprendida entre las calles Sarandí, Buenos Aires, Ituzaingó y Treinta y Tres, fué fraccionada en tres lotes: Uno con una cuadra de frente a la calle de Buenos Aires y media de fondo a las de Ituzaingó y Treinta y Tres respectivamente, se le dió a José Fernández, natural de la isla de Palma, de 40 años, venido en el navio con su mujer y ocho hijos de ambos sexos. Otro lote de un cuarto de cuadra en la esquina de las calles Ituzaingó y Sarandí, fué dado a Domingo González de Ortega (2); y el otro lote en la esquina de las calles Sarandí y Treinta y Tres, fué adjudicado a Domingo Alberto de Cáceres, vecino de la Laguna, de 35 años, venido en el navio con su familia compuesta de su mujer y una hija.

La manzana 24, con frente a la Plaza Mayor, que es la que actualmente se halla entre las calles Ituzaingó, Treinta y Tres, Rincón y Sarandí, fué destinada para Iglesia Mayor y casa de los párrocos.

Las manzanas 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31 y 32 quedaron sin repartir.

Tal fué la forma en que se distribuyó por primera vez nuestra propiedad territorial urbana, según consta de la adjudicación que se hizo el día 24 de Diciembre de 1726 en el «Libro-Padrón, en que se contiene el término y jurisdicción que se le señala a esta nueva población de San Felipe de Montevideo y repartimiento de cuadras y solares».

Tenia, pues ese día nuestra ciudad, siete casas de piedra, adobe y cuero. Treinta y tres propietarios inscriptos y una capilla.

Y dentro de esta nueva planta, veinte familias que sumaban 133 personas; dos capellanes de la compañía de Jesús, un cirujano, un ingeniero, ciento diez hombres de guarnición militar, y mil indios tapanes traídos de las reducciones evangélicas para trabajar en las fortificaciones que después habían de constituir a Montevideo en la ciudad más fuerte del poderío español en esta parte de la América.

Así nació nuestra Capital con una población cosmopolita en la que había españoles de varias provincias, franceses, italianos, argentinos, paraguayos y chilenos, y sin grandes esfuerzos de imaginación puede suponerse el júbilo con que por primera vez se festejara en nuestra ciudad la *Noche Buena*, que además de serlo para el orbe cristiano, lo era doblemente para los nuevos vecinos que ese día vieron llegar la noche con las alegrías de ser propietarios fundadores de una población que nacía al amparo de la fuerza que entonces constituía paz tranquilidad y movimiento, y que conjuntamente con el título de propiedad se les había agraciado con los pergaminos nobiliarios que Su Majestad les concedió para que con arreglo a la ley vi, título vi del libro IV de las Indias, se les tuviera por hijos dalgos y personas nobles de linaje y solar conocido, gozando de todas las honras y preeminencias concedidas a los caballeros de los reinos de Castilla, según fueros, leyes y costumbres de España.

Las catorce calles de la nueva ciudad no tuvieron nomenclatura hasta el día 31 de Mayo de 1730, en cuya fecha el primer Cabildo, elegido el día 1.º de Enero del mismo año, resolvió que se les dieran los siguientes nombres:

1.—La que hoy es calle de las Piedras, que se denominará de la Frontera.

2.—La que hoy es calle del Cerrito, que se denominará de la Fuente.

3.—La que hoy es calle del 25 de Mayo, que se denominará de la Cruz.

4.—La que hoy es calle del Rincón, que se denominará Real.

5.—La que hoy es calle Sarandí, que se denominará de la Carrera.

(1) Este Antonio Álvarez, natural de la Asunción del Paraguay, también aparece presentándose el 21 de Enero pidiendo se le señale solar y tierras como a los demás.

(2) Este Domingo González de Ortega también aparece presentándose el 23 de Enero diciendo que como va a casarse con Isabel Francisca, pide que se le reparta solar y tierras.

Creo, pues, que a estos pobladores ó se les señaló solar el 24 de Diciembre por indicación verbal de algunos parientes ó amigos, ó al presentarse en las fechas que expresan estas notas, solo se refieren al reparto de tierras que se hizo después del de cuadras y solares de la ciudad; ó bien podrá ser también que fuesen hijos de los del mismo nombre, empadronados en Diciembre,

(1) Este poblador también aparece presentándose el día 21 de Enero diciendo que sin embargo de ser soltero pide que se le repartan solar y suertes de tierras.

- 6.—La que hoy es calle de Buenos Aires, que se denominara del *Piquete*.
- 7.—La que hoy es calle Reconquista, que se denominara de *Afuera*.
- 8.—La que hoy es calle Cerro, que se denominara *La media calle*.
- 9.—La que hoy es calle Juncal, que se denominara *Calle entera*.
- 10.—La que hoy es calle Cámaras, que se denominara del *Medio*.
- 11.—La que hoy es calle Ituzaingó, que se denominara de la *Iglesia*.

San Juan. 12. San Joaquín, 13. San Felipe, 14. San Francisco.

Tal era Montevideo al nacer al amparo de las leyes de Indias, teniendo por único Gobierno al Capitán don Pedro Millán, y por garantía de su tranquilidad a las fuerzas destacadas en la Fortaleza de San José, que entonces era una batería.

A los tres años, el vecindario constituía su primer autoridad local nombrando el Cabildo el día 1.º de Enero de 1730.



PLANO DE LA PLAZA DE SAN FELIPE Y SANTIAGO DE MONTEVIDEO EL AÑO 1800, AUTÓGRAFO DEL INGENIERO DON JUAN DE LOS REYES.—(Colección cartográfica de don Francisco J. Ros)

- 12.—La que hoy es calle Treinta y Tres, que se denominara *Puerto Chico*.
 - 13.—La que hoy es calle Misiones, que se denominara de *Callo*.
 - 14.—La que hoy es calle de Zabala, que se denominara *Traviesa*.
- Algún tiempo después, esta nomenclatura fué cambiada por la conocida por del Santoral, cuya sustitución fué respectivamente la siguiente, á comenzar por la primera:
1. San Miguel, 2. San Luis, 3. San Pedro, 4. San Gabriel, 5. San Carlos, 6. San Sebastián, 7. San Ramón, 8. La media calle se anuló, 9. la calle Entera se anuló en esta nomenclatura, 10. San Fernando, 11.

En 1770 la cifra de la población civil ascendía ya á mil adultos y cien niños.

En 1799 su comercio de exportación por el puerto de Montevideo representaba 24.703 pesos y necesitaba once buques. Su importación ascendió al terminar el siglo á 1,300,000 pesos, de España, y 675,000 de otros países, necesitando ya 34 buques de ultramar.

Los planos cuyas copias fotográficas acompañan á estos ligeros apuntes, completarán la idea de como era Montevideo al nacer hacen 174 años y como al terminar el siglo XVIII á una centuria de distancia del día de hoy.

Francisco J. Ros.

Diciembre, 24 de 1900,

La Redacción de ROJO Y BLANCO, que con este número saluda al siglo XX, felicita al país por la satisfactoria solución que acaba de darse al magno asunto "Puerto de Montevideo".

Páginas artísticas

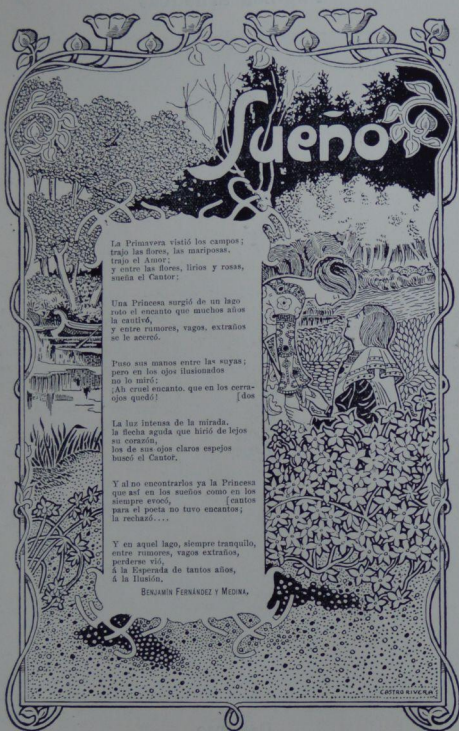


Descanso

Acuarela inédita del pintor nacional Domingo Laporte

las leyes
itán don
ad á las
é, que

r au-
nero



El anillo de la relojerita

Aventuras de Nemorino

DESDE que la rubia aquella, se había mudado al entre suelo del caserón se traía revueltas á todas las vecinas del barrio. ¡Y no era para menos!

Con el lujo que se gastaba en joyas y vestidos, con el coche de librea todo el santo día á la puerta, con la importancia con que se levantaba el vestido hasta las rodillas al subir la escalera, como si ésta, y la vereda y el zaguán estuvieran llenos de barro, todo por lucir, se le conocía á la legua, el zapatito á lo Luis XV, la media calada á la Pompadour, la liga á la Du Barry y las enaguas estilo imperio (todo el siglo XVIII) con el desprecio con que se colocaba el *impertinente* para observar á cuanto bicho se encontraba á su paso, ¡poquita princesa se creía la tal fulana!

Y allí eran los dimes y diretes y los comentarios acerca de lo que hacía y lo que dejaba de hacer, lo que gastaba y de lo que vivía, etc.

¡Y si fuera eso solo! Varios jóvenes de la localidad que tenían sus novias en el barrio, sintieron algo así, como un enfriamiento en sus pasiones y todos á una convirtiéronse en adoradores mudos pero elocuentes de la rubia del entresuelo.

Y era linda la tal rubia y elegante como pocas y tenía un, vamos! que volvía loco á todo el que la viera por primera vez.

Entre los pollinos (diminutivo de pollo lector querido) que la cortejaban á mansalva se llevaba la palma por lo buen mozo y bien vestido un joven, Nemorino.

Catalá M. (por la M. sacaréis que era chileno desde lejos) y que no tenía nada de *roto* ni de descosido tampoco.

Como se traía envuelta el muy tuno á la relojerita de los bajos del caserón con su apostura, su garbo y su pronunciación excelsa de las *ies*, las *elles* y las *bées*! Era cosa de quedar acalambrado cualquier músculo, al oírle decir con la dulzura de un kilogramo de sacarina (que es de lo dulce, lo más que se conoce):

— *Seniorita, ño* (los chilenos odian tanto á toda clase de *bolivianos* como á las elegantes y griegas) *desde que la bí ía no ce lo que hasér, ando ío como si tubiera una íama en el corazón.*

¿Qué, quien era la relojerita que Catalá M. se había conquistado?

Una persona chiquitita, morocha y por lo tanto, negros los ojos, negro el cabello, negras las cejas, negras las pestañas y negro el cutis. Con tanta negrura necesariamente debía de llevar por nombre de pila el de Blanca.

¡Cómo lo amaba al pillín de Nemorino!

Era su primer amor y lo tenía aferrado de tal manera en lo hondo de su corazón que antes de que Catalá M. la olvidara... ¿habéis oído hablar por acaso, amado lector, de la desmembración del cometa de Biela por los espacios siderales?

Pues bien, la morocha antes de que su novio la dejara por otra se desmembraría como un barrilete de los chicos.

Figuraos, pues, como se pondría la cuitada al enterarse de los chicleos de Nemorino con la rubia del entresuelo... (al barrilete casi se le rompe una caña).

Nemorino amaba, es decir, no la amaba del todo á la relojerita, lo que amaba el joven era, triste es decirlo, eran las joyas todas, (era muy vehemente en sus simpatías) todas las que se ostentaban en la vidriera de establecimiento, y sobre todas, un anillo que brillaba dentro de una

caja de terciopelo azul, como una estrella entre dos gotas de sangre *crystalina*.

Con aquella su cortadía de diplomático que le caracterizaba le había dicho á su morocha Blanca en un momento de excesiva expansión:

— El día que *io* cumpla *anios* me hará usted un *peguenio osequio*— y el muy tímido miraba con todos sus ojos el anillo de dos rubíes con un *bríante* en el medio, — sino me lo da usted me iré *ío* al desierto de Atacama.

La pobrecita Blanca sentía que se le iba á los pies lo poco de alma que tenía, cada vez que pensaba en el cumpleaños de Nemorino.

Todo lo vino á precipitar la llegada de la maldita rubia. ¿Acaso la relojerita era tan torpe de no ver la tirada que pensaba hacerle el joven de las *eies* y del desierto de Atacama? Todo sí, antes de perder su valioso desierto, antes que la otra, la odiada, la... se lo quitara, cualquier sacrificio, hasta la joyería entera, hasta el anillo... sí,— oh! Nemorino no te irás *ía* al desierto..., el día de tu cumpleaños se acerca.

En estas cavilaciones estaba la pobrecita sen-



tada detrás del mostrador, cuando un ruido de encajes y sedas como si todos los relojes de bolsillo del establecimiento se hubieran puesto á andar de golpe, la hizo levantar la cabecita de linterna apagada: era la odiada, la rubia del entresuelo.

Entró resueltamente, miró con desprecio las joyas de la vidriera del mostrador, calose el impertinente y observó el diminuto *punto negro* (que como tal lo vería desde la altura de su importancia) que ante sí tenía, por luengo rato, y le espetó con una voz débil, monótona como lluvia tranquila de estío, capaz de calar un capote impermeable de un marinero:

— *Bea ninia*, al desender la escalinata se me rompió el *manubrio* de la *sombriía* é seda y *bea á ber ci* lo puede componer *pa maniana* sin falta...

Por el habla selecta parecióle á la relojerita que debía ser de regia estirpe, y más aun cuando agregó:

— *Bea* si me indica algunas *joyas* de la *bidriera* de la *caie* que *io*...

Tal fué la estupefacción de la morochita al oír aquella lluvia de *io*, *ie*, *ias*, y considerar que la señora debía ser compatriota de su Nemorino, que casi tiene lugar la desmembración anunciada por los astrónomos.

Aterrada, muda, hizo lo que la pedía la compradora y después que ésta hubo elejido algunas chucherías y las hubo pagado y recomendado que el *manubrio* estuviera para mañana, quedose allí la pobre como una marmota sin saber lo que hacer.

A las cansadas observó el desorden de cajas que tenía por delante y se dispuso á arreglarlo todo, temerosa de que su padre, un terrible canchero piamontés, nacido en la histórica ciudad de Lecco, donde se fabrica el Amaro Monte Cudine en plena Lombardía, no la hiciera tortilla con su habitual galantería de modales, acompañada de su estribillo:

— Can de la Martina, si te pillu mi. . .

En medio de la joyas brillaba triunfalmente el anillo de rubies..., el que ocasionaría la huida á Egipto, digo al desierto de Atacama del joven Catalá M.

Lo tomo con cuidado y ya iba á colocarlo en su lugar de costumbre cuando ¡oh! suerte adversa, en la vereda, frente á la vidriera detúvose Nemorino más acicalado que nunca.

Suspensa quedose la pobrecilla y sin saber lo que hacía, obedeciendo á una fuerza superior á su voluntad, hízole seña para que entrara en la relojería.

Obedeció el apelado y con su cortedad de allende los Andes dijo:

— *Beo mi beia huri* que se acordaba de mi

cumpleaños, que es *maniana* sin falta y desde la *caie* me había fijado que faltaba de su sitio la *joia prédileta* de mis *esperanzas*.

— Si, — contestó ruborosa y jugando el todo por el todo la relojerita — lo apartaba para usted — y se lo tendió con gentileza conteniendo á duras penas el llanto que hacía cosquillas en sus ojitos negros de ratón.

— Y su papaito, nena... ¿que dirá de esto?

Y ella dispuesta ya al sacrificio:

— El ha consentido que yo se lo regale.

— Si es así *ia* me lo pongo — contestó el escrupuloso joven, y se lo puso en el anular de la mano izquierda agregando:

— En el dedo del corazón que es todo *suio* hasta la *eternidá*...

La nena se moría con aquella mezcla de amor, terror, celos, etc. que estaba apurando.

Después de mirarse las manos varias veces y rozar con sus purpúreo labios la frente de la relojerita fuese lo más campante.

Toquen las campanas vuelo, Nemorino no se va ya para el desierto de Atacama. El joven dió media vuelta á los pocos pasos de la puerta de la relojería y se coló de rondón en la escalinata de la señora del *manubrio* de la *sombriía*.

Al otro día eran miles las penas que pasaba la abochornada Blanca. ¡Dios mío, lo que había hecho! ¿Y qué disculpa daría cuando el

lombardo más amargo que el *amara* de su país natal echara de menos el anillo de marras?

De pronto el mismo ruido del día anterior la despertó de su doloroso letargo.

— *Bea ninia*, *ia* debo estar el *manubrio* de...

— no terminó la frase, la relojerita lanzó un grito aterrador que hizo acudir presuroso al señor de Lecco desde el taller. La morocha había visto el anillo de Nemorino en el anular de la rubia del entresuelo.

— ¿Cosa *ché*? Preguntó forozmente el señor de Lombardo.

— *Bea* si no es nada, la *ninia padese* del histórico — contestó la señora chilena.

— *Ma que estórica é aritmética, cusa l'esta á dir cuesta bela bestia*.

Un mundo de ideas se embrollaban en el poquitito de cerebro de la relojerita. ¡Que odio, que odio hacia aquella infame que le robaba su tesoro, su Nemorino, germinó en aquel corazoncito, negro como un terrón de azúcar quemada! Sus labios murmuraron una sola palabra que abrieron tamaños los ojos del señor de Monte Cudine.



—Ladrona...

—¿Qué dichí? ¡Can de la Martina! ladra cuela lí?—y fijándose en la mano de la aludida que permanecía indiferente—*propriament le l'anel, ma questa signora le... le... ina ladra sensa vergüensa...*

—Vea señor... que se confunde y no bé lo que dice... sépase que *io* entiendo el *italico*.

Y el señor de Lombardía dirigiéndose á Blanca que estaba negra del todo.

—Ma parla *quiario pichina*... *le propia l'anel de la vetrina*... *di... é quiámo il villilante*.

Y la interpelada esta vez consciente de lo que hacía contestó con firmeza:

—Sí, papá; ayer tarde la *señora robó* el anillo.

—*Can de la Martina! é le venuta á fare il secondo assortimento, cáperi!*

Entonces comprendió la rubia de lo que se trataba y sonriéndose iba á nombrar al que se lo había regalado, cuando *miró* el abismo en que iba á sumir á un joven, que si había cometido una falta tan grave era por ella, por conquistar su amor y tomando una resolución enérgica dijo pausadamente con su voz meliflua:

—Si *ninía* y señor de la Martina, fui *io*—y calóse el impertinente sobre los ojos.

—*Vedi la bella bestia, cuánto lé esvergoñata ¿dov é pichina il fisquio per quiámar il comisarios?*

De pronto algo inesperado sucede en aquel centro donde un drama, quizás una tragedia se desarrollaría dentro de pocos instantes.

Nadie había visto á Nemorino que presenciaba la escena hacía largo rato desde la puerta.

El joven del desierto, comprendiendo con su viveza natural los dos sacrificios que habían hecho las dos amantes mujeres, se dispuso á saborear las amarguras de aquel botellón de *bitter* piemontés que ante sí tenía.

Parco el ademán, con altivo continente, libre el alma de pueriles temores y majestuoso por la sublimidad de aquel momento, espetó tranquilamente:

—Esta señora es inocente (pausa), el ladrón del anillo (pausa larga) *soi io*... (Se apagan las luces...)



Otto Miguel Cione.

Buenos Aires, 1900,

Nota salteña.—El Liceo Eslava



PRIMERA FILA.—Señoritas: Luisa Gallino, Isolina Espalter, Adelina Mguerza, Corina Martínez, Teresa Gallino, Manuela García. —SEGUNDA FILA.—Marciano Diez Plaza, director; María Duarte, Ana Patulé, Esther Martos, Adulfa García, Atalvía Gutiérrez, Matilde Diez Plaza, Enriqueta García. —TERCERA FILA.—María Lizarralde, Lina Brum, María Narbondo, Honorina Gutiérrez, María Teresa Carballo, Belarmina Gutiérrez.

El Liceo Eslava es un centro constituido en el Salto para el fomento de la música entre la mujer, colaborando, de paso, al éxito de fiestas sociales en que tan delicado arte tiene eminente participación. Por iniciativa de su actual director ar-

tístico, el profesor don Marciano Diez y Plaza, fué fundado el 30 de Octubre de 1899, fecha de la primer acta que subscribió una comisión *ad hoc*, de señoritas, en la sala del Instituto Musical. Publicada la idea y obtenido un buen número de

de socios protectores, se eligió la comisión directiva que rige en la actualidad, y que está compuesta así: Presidenta, Enriqueta García; Secretaria, Atalivia Gutiérrez; Tesorera, Manuela García; y Vocales, Teresa Gallino y Corina Martínez. Luego se formó el elegante cuerpo orquestral respectivamente con el siguiente personal é instrumentación: piano, Enriqueta García; arpa, María del Carmen Delgado; violines, Ismelia Camogli, Julieta Sañudo y María Lizaralde; guitarras Honorina Gutiérrez, María Narbono, Fermina Olascoaga y Celina Cuenca; y mandolinos: Atalivia Gutiérrez, Manuela García, Teresa y Luisa Gallino, Corina Martínez, Ana Patulé, Eloísa Herrán, Isolina Espalter, Margarita Maldini, Esther Mattos, Teresa Carvalho, María N. Bentos, Elvira Granada, María Duarte, Adulía García, Adelina Muguenza, Lira Brum y Matilde Díez.

En el grabado que acompaña á éstas líneas se advertirá por el número la ausencia de varias niñas de la orquesta que incidentalmente hallanse hoy fuera del Salto. La orquesta se presentó por vez primera al público el 8 de Diciembre de 1899, en un concierto organizado por el Instituto Musical, obteniendo grandes ovaciones en los números á su cargo. Después, con sus propios elementos, el Liceo Eslava dió su primer fiesta en el Teatro Larrañaga el 3 de Junio de 1900, alcanzando un éxito en la ejecución de todas las piezas, pero particularmente en la *Ronde des Archers* y en un aire criollo muy inspirado, del profesor Plaza. El Liceo prestó su apreciable concurso á varias fiestas de caridad y á otras de carácter familiar, — digna de mencionarse entre estas la realizada en Noviembre último en casa del señor Manuel Gutiérrez,

El centro experimental día á día grandes progresos; el número de asociados crece y su repertorio se amplía con obras seleccionadas por el inteligente director artístico, que las instrumenta con fina habilidad y acierto. El Liceo Eslava integrará su orquesta con mandolinas, bandurrias, laúdes y otros instrumentos de cuerda, que indudablemente modificarán los efectos sinfónicos sobre leyes musicales y amenizarán y matizarán las partituras que se dediquen á la ejecución por aquel aristocrático grupo de aficionadas.

Terminamos esta ligera nota ofreciendo á los lectores, para nuestro próximo número, una reproducción de «Ensueños», obra del maestro Díez y Plaza de que hemos hablado en las líneas anteriores. Parece justo que se difundan fuera del Salto los trozos selectos que su público ha aplaudido y que pueden obtener así la sanción de los demás centros sociales de la República. Aquí — ya hemos dicho — «Ensueños» ha sido festejadísimo, arrancando en las fiestas en que se ha escuchado aplau-

dos y elogios de la crítica. Las dos páginas de ROJO Y BLANCO que esta nota ocupa, pueden por de pronto sentirse orgullosas de su obra, pues que se trata de distinguidas damas que forman el mejor coro de elogios para el Liceo Eslava — desde que son ellas las que alabanzas y elogios arrancan á las crónicas en que siempre figuran descolantes, lo mismo en las fiestas propias — que llamaremos de casa — que en aquellas en que á sus puertas llama la caridad, jamás en vano, á pesar de su frecuencia.



Comisión Directiva del Liceo Eslava

Teresa Gallino, Manuela García, Atalivia Gutiérrez, Enriqueta García, Corina Martínez.

dos y elogios de la crítica. Las dos páginas de ROJO Y BLANCO que esta nota ocupa, pueden por de pronto sentirse orgullosas de su obra, pues que se trata de distinguidas damas que forman el mejor coro de elogios para el Liceo Eslava — desde que son ellas las que alabanzas y elogios arrancan á las crónicas en que siempre figuran descolantes, lo mismo en las fiestas propias — que llamaremos de casa — que en aquellas en que á sus puertas llama la caridad, jamás en vano, á pesar de su frecuencia.

Kln.

Salto, Diciembre de 1900,

Cuento campero

El fantasma

Le diré: La mayor si-había casau con un gringo e' plata, ya vejancón, él, qui-usaba pera en forma e' cola e' grillo; que vino á esta tierra con una mano atrás y otra adelante, pero á fuerza di-hambrunas rejuntó moneda;—la del medio, feasa que eso daba pena, no tenía gancho entuavía, y la más chica, una rubiecita lindaza, que ya quería dir siendo mujer, s'enredó con un cajetilla empleau del gobierno, de carretilla pelada qui-agatas l'iba asomando el bozo como pe-luza de pichón di-urraca.

El mocito era len-guarás y muy léido, y el gringo viejo, que se las echaba e' dotor y hablaba con un tonito e' discurso que'ra pa perecer de risa, metía la cuchara en cuanto el pre-tendiente e' la rubia comenza-ba á ler el dia-rio ó algún li-bro que siem-pre traiba y hablaba di-amor y de mo-zas que se jui-ban con los no-vios por causa de que los ta-tas andaban re-moliniando pa dar el consentimiento.

Si les-he de decir la verdá la más linda e' todas, pa mi parecer, era la mujer del bachicha, una moza grandota, di-ojos negros que echaban juego y una cara qu'era como imaje e'santa. Y querendona... como ella sola! se relambía toda cuando vía un mozo paquetón qui-hablaba bien, porque como el carcamán era brutísimo, estaría harta del, digo yo...

Yo, que solía dir á la casa y me hacía el chiquito, ganando un rincón y platicando con la más fiera, que se llamaba Ramona qu'es nombre e' gata...

—Cómo nombre e' gata, socio?

—De juro! usté nu-ha óido de noche á los gatos llamar la-hembra gritando: *Ramona! Ramona!* Pues como les decía, yo me aparejaba á la Ramona, qu'era muy matrera pa los varones y no le gustaban que le cantaran al óido y me pa-

saba las horas perdidas contando cuentos e' duendes y ánimas del'otro mundo, que salían de las sepulturas y comenzaban á geringar á los cristianos vivos. Y habían de ver ustedes el bachicha como era flojoso pa esas cosas...!

Mi acuerdo qui-una noche muy oscura qu'estábamos en la cocina haciendo cuentos de luces malas, el bachicha qui-había salido al patio á buscar no sé que cosa, entró al ratito todo despavorido, con los pelos paraus, diciendo que había visto una fantasma asín grandota, tuita de blanco, que cuando se le allegó á él le hizo fuuu! fuuu! y

le amagó con una macana.

Ah rairme aquella noche, hermanitos!

—Y después, ché?

—Salí pal patio, registré todo y no vide nada; pero el extranjero, asustadísimo, alegaba que la había visto bien y qu'el nu-era loco pa no saber lo que decía. Estábamos en esas alegaciones cuando cayó el pretendiente e' la más chica y dió las buenas noches

en general. Y quieren que les diga una cosa? pues la cara del mocito me gustó pa que viniera di-hacer una picardía. Por esta cruz...

—Vea eso! y por qué compañero?

—Porque entró medio asín como cortau, mirando al gringo y la mujer con-unos ojos muy abiertos como de cristiano que tiene delito, y después, cuando el carcamán comenzó otra vuelta á charlar del'anima, se rió despacito y le'chó el ojo á Pascuala, la mujer del gringo, que tenía nombre e' gallineta, no dirán que no.

—Eso sí, amigo, es verdad, cualquiera lo sabe.

—Está bueno. Siguiendo la rilación, otra noche volvió la fantasma á aparecersel al gringo, qui-andaba por el jardín rejuntando unas coles, y á la gritería del bachicha salí yo con-un garrote, y con qué cren ustedes que me topé? Con la fantasma, hermanitos, con la fantasma.

La cuerpié un poquito, porque se me venía dere-



cho al bulto, y me le dormí con-un garrotazo puel lomo, y cuando l'iba á atracar otro, sentí que me gritaba:

—No' me pegue, socio, no me pegue que soy yo!...

—Y ti-habló l'ánima asin, hermanito?

—Y como no m'iba á hablar, amigo, si'era bombilla que noviaba con la más chica, el muy safau, el qui-andaba haciendo di-ánima, pa gatiar mejor á la mujer del bachicha...

Agapito Quincoces.

Una excentricidad histórica



La cañonera «General Rivera» por la Plaza Constitución

Casi podríamos afirmar que es la primera vez que se vió caso semejante, un barco paseando por la calle como cualquier vehículo.

Construída en los talleres de la Escuela de Artes y Oficios y viéndose que era imposible bollarla al agua en sitio cercano á aquel en que había sido construída, la cañonera General Rivera, colocada en un aparato *ad-hoc* y deslizando-se sobre tirantes engrasados hizo el paseo por la calle 18 de Julio y Sarandí hasta el río, constituyendo un atractivo callejero durante gran parte del año 1884.



En la Plaza Independencia

Como fuerza motriz se echó mano de la fuerza pues arras-

traron el barco durante todo el trayecto y por turno, compañías de los batallones que entonces estaban en Montevideo y entre los que figu-

raba el extinguido 5.º de Cazadores. Como nota histórica curiosa reproducen algunas de las escenas á que dió lugar el suceso, los grabados que acompañan estas líneas y con cuya publicación tendrán los lectores un recuerdo completo.



En la Plaza Independencia

SIGLO XX



XIX

XX

Ami buen amigo
Julio C. Cantera.
C. CRUZ

Año nuevo

¡La campana!... Son las últimas horas que se van lejos, bogando en la noche...

¡Todo sea por Dios! Ya se acerca el momento solemne en que los matices de crepúsculo del año que muere han de fundirse con las alegres claridades del nuevo año con su risueña aurora.

C'est ici le combat du jour et de la nuit!

Este verso de Hugo, verso de despedida, postrer destello del genio expirante, tan parecido al último fulgor de la luz que va á apagarse, esfuerzo supremo de los hombres y las cosas a la gran instante en que se extienden sobre ellos las alas frías de la gran noche, inspiración final de la muerte al rozar la frente ya oscurecida por la sombra infinita, es en verdad la síntesis de esa acción suprema que acusa el momento señalado para la desaparición de algo cuya última hora sonó en el reloj de la eternidad.

Los dos años, el que fenece y el que nace, van á encontrarse en esa hora solemne, y entonces se librará el combate del día con la noche, de los recuerdos y las esperanzas. Ya todo se prepara á recibir al nuevo hijo del Tiempo. Jano sonríe con la cara que mira al porvenir.

¿Por qué ríe? ¿Por qué reímos?

Es la esperanza que engaña á la experiencia en los primeros días del año que nace; es la esperanza que se venga del triunfo de la experiencia en los últimos días del año que se va. — Es la ilusión, la dulce hada ingenua, que saluda al sol nuevo.

Que á los años se les trata como á los monarcas; recíbelos con victores y aclamaciones, entre flores y músicas, bajo arcos y luminarias en el día de su exaltación al poder; y se les despide con quejas y reproches, con indiferencia ú odio en la noche triste de su caída.

Porque también los años tratan á los pueblos como los monarcas: prometen mucho, mucho en el alegre día de su recepción, y cumplen muy poco en el largo crepúsculo de su reinado.

Esto lo sabemos bien; pero ¿qué importa? La Ilusión, la dulce hada ingenua sonríe al sol nuevo.

He ahí los precursores, los alegres nuncios del año que hacen su aparición en tropel. París y Nuremberg han forzado su ingenio para darles suelta á tiempo.

He ahí el zapatero viejo que cose cabeceando el eterno zapato de cartón; ved cómo abre de pronto sus ojos espantados tras los espejuelos de alambre! He ahí la muñeca rubia que se empolva y se mira al espejo moviendo automáticamente cabeza y brazo, imagen de tantas mujeres que en el transcurso del nuevo año y de muchos más, tal vez, no harán otra cosa; he ahí el abogado de largas patillas de lana blanca que lee siempre su defensa abriendo mucho la boca y golpeando á compás la tribuna con su mano libre; he ahí el dandy de frac rojo y sombrero gris, que fuma girando regularmente su pequeña cabeza de ensortijada cabellera; he ahí Pierrot que canta á la luna.

Bon soir, madame la lune!

Ya estáis todos aquí, amigos de la infancia, viejos conocidos del escaparate, tan novecentos y contentos. ¡Sed bienvenidos! os queremos siempre, porque nos recordáis bellos tiempos pasados.

He ahí las tarjetas que se abaten como una bandada de pájaros blancos venidos de lejos.

¡Felicidades! ¡Felicidades! ¡Felicidades!

¡Esquiva Felicidad, que tan pocas veces acude al llamamiento del deseo!

¡Noche final, noche de recuerdos, melancólica noche del último día de Diciembre! Llegar, llegar y haz sentir á todos la tristeza que acompaña al recuerdo de lo que fué.

¡Noche solemne, noche tranquila que refresca el cerebro y evoca la meditación; noche grandiosa que das tumba á un mundo de recuerdos y cuna á un universo de esperanzas; noche que bates por última vez tus cansadas alas negras! ¡Llega para que tu rocío haga reverdecer una vez más los recuerdos de olvidadas sensaciones en el corazón de todos los que saben sentir!

¡Desfilad, amortiguadas memorias de pasados días; resurgid, imágenes desvanecidas: vais pronto á morir con el tiempo!

En el silencio la vela alarga su llama inmóvil como un haz humoso; las sombras la cercan, y ella, en su inmovilidad extática, parece alumbrar en otro mundo, como un espíritu que mira dentro de sí mismo. Es la hora de las meditaciones.

Tú, que amaste, piensa. Estás en la última noche del año. ¿Te acuerdas? Cuando nació, sonriente y ofreciendo ilusiones como el que ahora va á nacer, ella te juró eterno amor. Apenas un año ha transcurrido y quizá no os conocéis ya. ¿Dónde está ahora? ¿Qué eres tú para ella, ahora; tú que lo fuiste todo un día? Eres tal vez un recuerdo importuno, un reproche del tiempo perdido... ¡Y todo este cambio en un solo año!...



la causa!

Tú, que yaces taciturno, mirando fijo, sin ver, la inmóvil llama de la bujía... ¿en qué piensas? — ¡Ah! El era tu amigo, casi tu hermano, cuando el año que muere nació; juntos brindasteis por vuestra amistad, estrechadas las manos en cordial lazo, cruzando las miradas como testigos de la sinceridad de vuestras palabras. Ahora él es tu enemigo... ¿Por qué? ¿Ni recuerdas

¡Y todo en sólo un año!

Vosotros los que en familia hicisteis mil proyectos de felicidad y ahora veis un sitio vacío en la mesa, entonces rodeada por todos los que amabais; vosotros los que al empezar el año erais ricos y solicitados y hoy os veis solos y pobres; cuantos, en fin, habéis sentido el dejo amargo de la desilusión, pensad cuántas decepciones dan esos años cuya llegada saludáis gozosos... Pensad...

Pero ¿á qué habéis de pensarlo? ¡Oh, no! ¡No lo hagáis! No lo hagamos.

¡Noche triste que arrastras en tu sombra recuerdos dolorosos; noche moribunda y solemne del 31 de Diciembre, vete, pasa! ¡Paso á la luz!

Asoma ya la aurora en los confines de la sombra, en los confines lejanos, tras de los cuñes hay misterio; la pálida aurora, sonrisa del cielo.

¡Salud al día!

¡Sí, año nuevo; si es cierto que tú traes nueva luz para alumbrar el camino; si es cierto que traes el olvido, bálsamo del alma herida; si es verdad que en tu onda de claridades se mece la esperanza, que das alientos y consuelo; si es verdad que bajo tus alas blancas se cobijan las ilusiones, benditos engaños que confortan el espíritu y dan dulce sueño al corazón, como da tranquilo sopor el suave néctar; si es verdad que das todo eso que es juventud del alma; que una nueva vida nos aguarda en tus días; si es verdad que hemos de soñar todavía, yo también, año nuevo, yo también te saludo!

A. Cárdenas Pastor.

La Ciudadela

DICE don Isidoro De-María: «El 1.º de Mayo de 1742 se puso la piedra fundamental de la ciudadela, al Oeste, bendecida por Fray José J. Cordobés. Muchos años se invirtieron en la construcción, pues todavía el año 80 se daba la última mano á obra de tal magnitud, terminando los fosos, la contraescarpa y demás obras relativas á la defensa.

Su gran portada con puente levadizo, miraba al Oeste, en dirección á la calle San Carlos. El frente tenía como 40 varas, abrazando el espacio que ocupa hoy la anchura de la plaza Independencia, desde la esquina de Buenos Aires y Juncal hasta los altos de Sivori, hacia el Norte. El fondo no bajaba de 40 varas, viniendo á quedar en la dirección del lugar que ocupa ahora el segundo arco del extremo Oeste de los Arcos de la Pasiva.

Era de dos cuerpos, con escaleras en los ángulos Sudeste y Nordeste.

La Ciudadela complementaba la gran línea de fortificación al Este de la plaza, de mar á mar toda foscada. Dos portones, el de San Pedro que llamaban el *viejo* y el de San Juan, daban salida al campo. Subsistió por más de medio siglo la famosa ciudadela, hasta el año 33, en que estando demolidos en su mayor parte los antiguos muros y empezándose á edificar en las calles abiertas fuera de ellos, llególe su turno demoliéndose sus bastiones, desapareciendo la contraescarpa, cegando sus anchos fosos y practicándose algunos otros trabajos para abrirle salida á la calle real y por sus cuatro extremos con el objeto de

destinarla á mercado público, como se realizó el año 35. Cuando se efectuó esa demolición se extrajeron 40 mil carradas de tierra de la contraescarpa con la que se fueron emparejando y terraplenando los terrenos inmediatos de la nueva ciudad, después de rellenar los fosos y 24.000 carradas de



Mercado viejo



En la parte baja, al centro del costado del Este, estaba la Capilla que enfrentaba á la portada. Sus baluartes eran soberbios.

El muro tenía siete varas de espesor, once de alto y cuarenta de largo en cada costado. Los fosos sobre 20 de anchura y 15 de profundidad,

piedra del muro y fosos demolidos. Con esa piedra, empezóse el empedrado de la calle San Pedro, desde la casa de don Luis Lamas y el de la de San Felipe en dirección al muelle.

Dejemos la desmantelada Ciudadela con las negruscas paredes de su antiguo muro convertida

en 'mercado público por más de 30 años, hasta que construido el Mercado Nuevo, llamado hoy Central, quedó dado de baja, trasformándose en tendejones, sastrerías, cuchillerías, cafés, librerías, imprenta, etc., y hasta en remate del mentado Píria á la entrada del Este, que había que mi-

ronel Latorre lo mandó derribar dándose el primer golpe de piqueta á fines de Diciembre de ese año sin dar tiempo á que terminara el desalojo intimado, ocasionando un curioso éxodo de bolicheros, ratas y alimañas. Lo único que se conserva hoy de la artística fábrica militar es



Después de la demolición

rar por si acaso, á la bóveda no muy segura, de la que fué capilla.»

Después de la mutilación que sufrió la Ciudadela el año 35 para ser destinada á mercado fué perdiendo poco á poco su antiguo aspecto para convertirse en un conjunto abigarrado de casuchas de madera y material que se le adosaron por tres de sus lados y por su interior.

El edificio militar más artístico del Río de la Plata quedó convertido durante largos años en un foco que amenazaba la salud pública y afeaba enormemente la ciudad, hasta que en 1876 el Co-

su clásica portada que *desluc*e empotrada en el frente sud de la actual Escuela de Artes y Oficios.

Dentro de poco tiempo será expuesta al público una preciosa reproducción completa de la antigua Ciudadela que ejecuta en estos momentos el señor Alberto Gómez Ruano, basado en documentos auténticos, planos, memorias, croquis, etc. Hemos visto la miniatura—2 m. x 2—y no titubeamos en anticipar nuestros calurosos aplausos al autor de una obra que será utilísima é instructiva.

Á Montevideo

Cuando el inglés azotaba
tus fieros muros gigantes,
y sangre y fuego llovían
en las piedras de tus calles,
con tu corona de bronce
Montevideo eras grande!

Cuando en las Piedras tus hijos,
tras el ardor del combate,
á la española bandera
vieron huyendo en los aires,
con tu corona de bronce
Montevideo eras grande!

Cuando en los campos ardientes,
cuna de tus libertades,
del Sarandí, deshacias
las legiones imperiales,
con tu corona de bronce
Montevideo eras grande!

Cuando de Troya el renombre
obscurcías con tu alarde,

¡oh Nueva Troya invencible!
¡oh Nueva Troya inviolable!
con tu corona de bronce
Montevideo eras grande!

Melancolía suprema,
de la India Muerta el desastre,
no amilanó á tus valientes
ni desdoró tu linaje,
¡oh de los tiempos heroicos
ruda amazona indomable!

Triunfo de Monte Caseros,
cuántos laureles llevaste
hasta los muros soberbios
como legión de titanes,
como legión que resiste
al tiempo, al fuego y al hambre!

En el estero lejano
que dora el sol cuando nace,
y decoran las serenas
jardes intertropicales,

allí también estuviste
con tu valor y tu sangre,

Ciudad guerrera y hermosa
que en las batallas campales
viste tus viejas legiones
relampaguear de coraje,
rota la fila enemiga
y tu bandera triunfante,

Ciudad guerrera y altiva
á quien apellidé madre,
invencible en hermosura
y por heroica indomable,
no des al viento más quejas
ni más gritos de combate,

Vive en la paz bonancible
mientras te sonríe el aire
y te acaricia brillando
la claridad de los mares;
y aspira, aspira tan solo
á ser justa, tierra madre!

Victor Arreguine.

Monseñor Luquese y sus bodas de plata



Uno de los sacerdotes más populares y estimados por su carácter y su laboriosidad infatigable, Monseñor Nicolás Luquese, celebró el día 25 de Diciembre el 25.º aniversario de su primera misa, rodeándole en tal ocasión, sus numerosos amigos del clero y la sociedad en manifestación afectuosa. Es para nosotros muy grato unirnos a esa manifestación de simpatía publicando dos hermosas vistas que reproducen interesantes escenas del viaje que hizo recientemente Monseñor Luquese por el Oriente. La primera de las magníficas vistas es la de una misa en el monte Sión. Aparece Monseñor Luquese en el momento de concluir la misa, rodeado del señor Arturo Heber Jackson y su esposa, la señora Blanca García, del Consol Español en Jerusalén, otras personas de la familia de éste y el infatigable *dragoman* que acompaña a los viajeros. La otra vista presenta a Monseñor Luquese y a los esposos Heber Jackson al pie de la gran pirámide y en frente de la esfinge, en Egipto.



Paysandú

Recuerdos de 1865

Estas dos páginas están dedicadas á la rememoración de una jornada de las más trágicas de nuestras guerras civiles. El 2 de Enero de 1865, caía la ciudad de Paysandú en poder del ejército revolucionario al mando del General don Venancio Flores, después de una defensa en alto grado



General Leandro Gómez

heroica, y que ha hecho de los Jefes de ella, Leandro Gómez, Lucas Piriz y Tristán Azambuya, nombres históricos famosos en los anales del valor nacional.

Nuestros grabados representan los edificios que más sufrieron en el asedio y los Jefes á que hemos hecho referencia.

El *Baluart de la Ley* era una batería en forma de torreón, con una esplanada de caracol para subir las piezas. Había en él un depósito de municiones. Para evitar cualquiera explosión ocasionada por las balas enemigas, los boquetes que abría la artillería contraria eran tapados con bolsas de lana.

Estaba situado en uno de los ángulos de la actual Plaza Constitución y tenía como jefe al Teniente Coronel don Juan María Braga, que fué fusilado el 2 de Enero de 1865.

El 6 de Diciembre de 1864, una bala de grueso

mandó que se desgatasen los albiges de las casas de los señores Iglesias y Moreira, para tras-



General Lucas Piriz

portar á ellos las municiones, en cuya tarea se ocuparon algunos Guardias Nacionales y la mitad del *Batallón Defensores*.

En la Comandancia Militar estaba situado el cantón *Leandro Gómez*. Fué uno de los que más resistencia opusieron al poderoso empuje del enemigo; pero la tenacidad de sus defensores no pudo evitar su derrumbe, y muchos de ellos cayeron envueltos en sus escombros.

El 12 de Diciembre del mismo año, burlando la vigilancia del enemigo, la señorita Magdalena Pons, consigue penetrar por la esquina del *Ancla*



El baluarte de La Ley

calibre disparada por una de las cañoneras sitiadoras, perforó las dos gruesas paredes de dicho *Baluarte*. Entonces el General Leandro Gómez



Comandancia militar

Dorada hasta llegar á la plaza. Era conductora de comunicaciones del Gobierno relativas al Ejército de Reserva que mandaba el General Juan

Saúl y que marchaba á proteger á los sitiados.

El *Ancla Dorada* se hallaba frente al edificio de la Aduana y era ocupada por los defensores de Paysandú.



El Ancla Dorada

En la antigua Aduana se habían acantonado los sitiadores, y desde allí hacían un fuego mortífero contra dicha casa y la trinchera.

El General Lucas Píriz logró desalojarlos, tomándola por asalto, con bastantes bajas de ambas partes.



La Iglesia nueva

No es la iglesia actual, pero se le llamaba *Iglesia Nueva*, porque era la segunda que se construía en Paysandú, en reemplazo de la primitiva, que era de palo á pique, erigida en la época de Fray Policarpo Sandú.

La piedra fundamental de la llamada *Iglesia Nueva* fué colocada el 25 de Agosto de 1860,



La Jefatura

siendo padrinos el Coronel don Basilio Antonio Pinilla y la señora doña Manuela Marote de Raña.

Durante el sitio, sirvió de cantón y de hospital

á las fuerzas del Gobierno. Su frente derribóse casi por completo, y en la madrugada del 31 de Diciembre de 1864 se destruyó la nave que daba al Norte, á consecuencia de un recio cañoneo.



Coronel Tristán Azambuya

Dicho templo era ocupado por el *Batallón Defensores*, y sobre sus cimientos levantóse la hermosa Iglesia parroquial con que hoy cuenta Paysandú.

La Jefatura, es el mismo edificio que hoy existe, con ligeras reparaciones. Fué construída durante la administración del Coronel Pinilla. Enfrente á ella se situaron algunas fuerzas sitiadoras, en la casa de negocio de don Federico Aberasturi, Coronel de la Defensa, y en la de don Carlos de la Sotilla. En el zaguán del primero de dichos edificios se colocó un pequeño cañón á cargo del hoy General don Ventura Rodríguez.

En la gran portada de la Jefatura, hecha de



Capitanes de la defensa de Paysandú

cedro, hay todavía las señales de una bala arrojada por el referido militar.

Tipos populares

TENGO el gusto de presentar á los amables lectores de ROJO Y BLANCO—con todo el ceremonial de costumbre—al más simpático y bonachón de los representantes de una raza ya casi extinguida; la que representa en este País la grandeza de alma y la nobleza de corazón; la de los grandes y titánicos empujes que constituyen la piedra angular que sirviera de asiento al estupendo edificio de nuestra Independencia y la que en la clasificación metódica del desarrollo de la intelectualidad nacional sintetiza la edad de hierro de nuestra civilización.

Es el tipo clásico del gaucho, pero no del gaucho sin Rey ni Roque, insubordinado y *mal arriao*, como lo forja la fantasía popular, sino del gaucho bueno y generoso, de corazón de oro y alma de acero reluciente, de ese que cuando el clarín de la Patria—envilecida y vejada por el tirano grosero y vulgarote—desparra por lomas y hondonadas las estrofas más viriles de sus épicos himnos, de los himnos que hablan al sentimiento de sus hijos con voz vibrante y solemne, con voz de mandato que los exhorta á la lucha cruenta, á la lucha de varoniles sacrificios, presta oído atento á los clamores de la madre, obedece al mandato y en un arranque de sublime bravura estrecha con cariño entre sus nervudos brazos á su *china*, besa las frentes bronceadas de sus *tapecitos*, monta con destreza de charrúa el pingo de sus *averías*, el mentado de las *yerras*, recoge de manos de su compañera—temblorosa y emocionada—la lanza histórica, la de mil combates y entreveros, apura á grandes sorbos *el del estribo* y después de un *adiós* lleno de inefable ternura, en el que se disputan el sitio preferente el amor y la esperanza, vuelve riendas al campo y dejando tras sí en cada loma un suspiro y en cada llanura una lágrima galopa sin cesar hasta llegar á ocupar su puesto de honor en las filas de los buenos de los que en sus divisas solo ostentan como único y elocuente lema aquel que en la guerra es lucha, bravura, sacrificios y en la paz es símbolo de labor, perseverancia, amor tranquilo y acendrado, el de laconicidad sentenciosa: *Por la Patria*.

Ya contribuyó con su óbolo de sangre á desatar los lazos opresores que torturaban los miembros de la madre ansiosa de Libertad; ya entonó en las horas del *vicac*, al son de la guitarra, sus más inspiradas y melódicas canciones; ya depositó en los altares de la Patria los laureles recogidos á fuerza de valor en mil acciones heroicas, para retornar satisfecho y amoroso al hogar tranquilo y callado para ver deslizarse los plácidos días de su existencia envuelto en las caricias de los suyos, recordando los tiempos viejos con dicharachos y refranes llenos de picaresca ironía rociada con el seductor jugo del *cimarrón*.

Mi presentado nació el 31 de Julio de 1822.

Siendo aún muy joven estuvo en India Muerta como cabo 1.º de los coraceros del General Rivera y después figuró en muchas acciones con los grados de sargento, alférez y teniente de guardias nacionales, sucesivamente.

En cuanto á sus costumbres particulares tiene rasgos peculiares que demuestran su amor á esta tierra y á sus tradiciones. Los progresos de la indumentaria han pasado desapercibidos para él y se mantiene consecuentemente con su chiripá de merino inglés.

Es hombre muy competente y circunspecto en su trato y guarda muchas consideraciones para con sus favorecedores, pues vive

de la generosidad de sus amigos, entre los que se cuentan personas caracterizadas de esta ciudad y á quienes no molesta porque él dice que *al amigo y al caballo no hay que cansarlo*.

Hablando de esto me dijo un día con mucha gracia un refrán que explica el por qué de su comedimiento: Si yo hubiera sido grosero con mis amigos, hoy me vería desamparado porque —¿quién me iba á decir que viviría ochenta años habiendo sido tan *disparador* que bien podía haberme *quebrao* el pescuezo de una rodada?

Queda presentado Ignacio Doyola (a) Gayola, Zanja Honda.

Curros Viola.

San José, Diciembre 1900.

Fot. de Pedro Chabalgoity.



Ignacio Doyola



Mareo

Traza el alba suavemente
su pincelada lozana
y se asoma la mañana
por la puerta del oriente.
Alzan los pastos la frente
desperezándose inciertos,
los macachines despiertos
abren sus blandos foliolos
y pregonan los chingolos
la diana de los desiertos.

Hay en la verde extensión
un rancho alegre perdido,
donde la noche ha vivido
ratos de amena impresión.
Allí vibró el pericón
con relaciones y ruedas,
allí temblaron vihuelas
para lucir gallardía,
hasta que la luz del día
vino á marchitar las velas.

Teodoro ha visto rodar
en vaporosa cascada
horas de marca soñada
que no se puede pintar.
Aunque resuelto á luchar
notó su fuerza impotente;
y arrojado en el torrente
sin rumbo, leño ni bote,
se fué... como camalote
que lo lleva la corriente.

Pero, se dora la cuesta
de brumas camperas llena
y la claridad ordena
que se termine la fiesta.
Guarda la cansada orquesta
sus tan repetidos sonos,
se agradecen atenciones,
y en los pingos escarceando
salen los grupos buscando
sus distintas poblaciones.

Allá va, junto á la prenda
de filigrana con oro,
el paisanito Teodoro
prisionero en la contienda.
Se empeña por darle rienda
á la queja que lo embarga;
y cuando el pecho descarga,
ve flotar por la llanura
indescriptible dulzura
que tiene sello de amarga.

Llega al rancho. En el jardín
deja la flor pretendida
y con tierna despedida
se separa el bailarín.
La memoria del festín
cada vez más pura brilla;
y á empujes de pesadilla
que la forja una muchacha,
allí va un alma borracha
trotando por la cuchilla.

Elias Regules.

José R. Muñón

La reciente publicación de *Vida Rural*—verdadera enciclopedia de conocimientos útiles y de prácticas indicaciones—da caracteres de actualidad á la simpática figura de José Ramón Muñón, abogado perseverante, desde hace muchos años, de los intereses y de las aspiraciones de nuestra campaña. Periodista envejecido en la lucha, Muñón no solo despierta afectos por la franqueza de su carácter, por la nobleza nunca desmentida de su sentir, por la facilidad de su inteligencia, sino que impone respetos por la rara firmeza de sus convicciones, que desafían, inmutables la acción perturbadora del tiempo y las continuas transformaciones de las circunstancias. Muñón es una escepción: por sus opiniones políticas es un ombú arraigado entre los versátiles girasoles; es un monolito incommovible entre las aloca-das veletas...



La fortaleza de Santa Teresa

Una de las obras monumentales de nuestro país es, sin duda alguna, la fortaleza de Santa Teresa, mole de sillaría de granito que se yergue como un titán cíclopeo en nuestra frontera Este, sobre el camino de la Angostura, protegida estratégicamente por la laguna de los Difuntos y los inmensos bañados de India Muerta y San Miguel. —Esta posición admirable del fuerte de Santa Teresa hizo de ella en las épocas seculares de las guerras entre españoles y lusitanos, un baluarte inexpugnable, porque necesariamente, para invadir nuestro territorio por el Brasil debía tomarse el camino de la Angostura, y desde la fortaleza se dominaba a tiro certero esa única vía de comunicación, limitada por los profundos bañados que se dilatán en extensos horizontes, superficialmente cubiertos por espesos pastizales verdes.

La construcción de la fortaleza de Santa Teresa es atribuida por unos historiadores a los portugueses y a los españoles por otros. —Esta incertidumbre respecto de una obra de tal importancia es realmente extraña: no es aventurado decir que, como modelo de defensa militar, de distribución interior, de posición estratégica y hasta de belleza artística, es una de las primeras obras americanas de su género, y hoy mismo, convenientemente reformada para adoptarla a los adelantos modernos, podría competir con las mejores construcciones. —Sin embargo; el hecho es que si se discute a qué nacionalidad pertenecieron los obreros de tan célebre fortificación, nadie niega que la gloria de la iniciativa es exclusivamente de los portugueses. —En efecto: el 15 de

tices más agudos del polígono. —Dichos vértices son 5 y en cada uno de ellos se ha colocado una garita circular, formada de una sola pieza con un rebajo en su parte superior en que se ha introducido una pequeña y artística cúpula. —Además, en el exterior se han abierto 41 troneras para la colocación de la formidable artillería que requiere una obra de tan alta importancia estratégica y de tanta seguridad defensiva.

El interior de la fortaleza forma un plano inclinado, cuyo punto más elevado corresponde al Este. —La distribución particular es verdaderamente admirable: todo está previsto, y el arte de fortificaciones encuentra en aquí un modelo nada común, de extraordinario mérito histórico. —En estos últimos tiempos se han repuesto los techos que la indiferencia de nuestros poderes públicos había abandonado a las inclemencias demoleadoras del tiempo, y además se han construido dos amplias cuadras de ladrillo con el propósito, sin duda, de adaptar para cuartel el viejo monumento de la conquista.

El portón de entrada, que mira al Oeste, representa un elegante arco escarzano de 2 metros 50 centímetros de ancho, formado por dos inmensos bloques de granito unidos en la parte superior. —De esta entrada arrancan dos escaleras rústicas, también de granito, que conducen a los terraplenes. —En la parte Sud de la fortaleza se encuentra una abertura secreta, que era llamada *Puerta oculta del Socorro* porque era el último medio, el recurso supremo de salvación de sus defensores en un momento de peligro irremediable.



Octubre de 1762 el jefe lusitano don Luis de Osorio hizo construir en el mismo paraje en que actualmente existe la fortaleza, una pequeña trinchera que denominó de Santa Teresa, conmemorando la fecha de su inauguración. —Más tarde, el ingeniero portugués don Juan Gómez de Melo fué comisionado para delinear allí mismo un gran fuerte en forma de pentágono, colocándose la piedra fundamental de dicho fuerte, el 4 de Diciembre de 1762. —Ahora bien; algunos historiadores sostienen que los mismos portugueses empezaron a construir el fuerte proyectado, empleando provisoriamente para las obras de defensa el palo á pique y fagina de los montes de San Miguel. —Otros historiadores, por el contrario, aseguran que cuando, en 1763, el gobernador don Pedro de Ceballos tomó la posición de Santa Teresa, defendida por seiscientos portugueses, sólo encontró de la fortaleza los planos y la piedra fundamental, y que habiendo quedado por de ella los españoles durante medio siglo, á pesar de las guerras y componendas frecuentes entre las cortes de Lisboa y de Madrid, lógico es suponer que la hayan construido los españoles y no los portugueses.

La forma de la fortaleza es de un pentágono irregular, cuyo perímetro mide 652 metros, y su superficie unos 15,000, aproximadamente. —Las murallas que la circundan son de una resistencia extraordinaria. —La altura aproximativa de la exterior es de 12 metros, formada de bloques enormes de granito, cuyo espesor es de 2 metros 50 centímetros. —Separa esta muralla de la interior, que tiene 5 metros de altura, un terraplén cuyo ancho es de 3 á 7 metros. —La primera muralla presenta en su parte exterior una suave escarpa, cuya inclinación más acentuada corresponde á los lados de los vér-

Hace algún tiempo la fortaleza de Santa Teresa presentaba un aspecto lúgubre de ruina, como un viejo baluarte del pasado que recordaba al viajero la ancianidad de una época de lucha. —Así se presenta en el grabado que adorna esta página. —Y de las suturas de las piedras ennegrecidas por la intemperie, penachos oscuros de musgos diversos, surgen triunfando de la implacabilidad de su cuna, y las plantas trepadoras lo gran escalar unos muros que son inaccesibles para los hombres. —En sus contornos, la vegetación es exuberante, heterogénea, salvaje, desaliñada é irregular como una selva de arbustos. —Las dunas cercanas amenazaban devorarla con sus fauces blancas. La naturaleza se burlaba del hombre; ella volvía á imponer sus reales allí donde se había querido establecer el predominio de la inteligencia y del brazo. —Era un monumento de la fuerza humana atacado por las fuerzas combinadas del tiempo y de la materia!

Hoy el hombre ha recuperado su supremacía inteligente. —Ya la fortaleza no presenta sus ruinosos adornos, augurios fatales de una destrucción más ó menos cercana. —Los musgos y las plantas trepadoras han desaparecido; el recinto interior se cuida con esmero, grandes obras de refacción se han practicado y un destacamento permanente vela por la integridad de la vieja atalaya colonial, que en un caso posible de conflictos internacionales constituirá aún para la República la posición más importante de defensa fronteriza. —¡Ojalá que nunca aquella fortaleza vuelva á temblar al ruido mortal de sus cañones y que sólo ella sea símbolo legendarío de los tiempos históricos!

Julio Maria Sosa.

Nota bibliográfica

Tenemos sobre la mesa de redacción una nueva obra del señor Rafael Sienna. Como producción literaria es notable y su aparición constituye un verdadero éxito para la crítica y el público selecto. Bajo el estilo fluído y exuberante, en el que la imaginación fulgura ricas figuras llenas de vida, hay un fondo de sentimiento tan comovedor, tan intenso y tan delicado á la vez, que la artística obra del literato vale menos que esa noble remembranza de lo que agitó su alma y que se va renovando día á día con el doloroso placer de recordar el placer perdido. No es extraño esto, ni es extraño el libro. Las grandes pasiones alegres ó penosas, que dejan una huella profunda porque son los acontecimientos de la vida, cuando aun se las siente con el eterno fuego del recuerdo, se cuidan con cariño, se las rodea de poesía, se les tributa esa oración que brota del fondo del alma, donde quedan el dulce sedimento del placer y la amargura del dolor, para poder contarlas en toda su grandeza, con el natural egoísmo de creer que nuestras pasiones han sido las más grandes. Pero no siempre, ó mejor dicho, muy pocas veces, se han pintado esos sentimientos personales con una fuerza tal como en el libro del señor Sienna, y menos aún se han revelado con una sinceridad tan profunda esas íntimas y puras afecciones del hogar, que viven siempre con igual poder y que se han expandido en el libro como para que al ser relatadas alivien el abogo de sentir las presas dentro, sin tener á quien tributarlas.

Podrá la crítica buscar en la obra el defecto y exponerlo, podrán los excépticos de última moda tacharla de sentimental ó de romántica, pero el padre, el hijo, el esposo la sentirán bien intensamente. No es obra para ser juzgada en las agitaciones del fin del siglo, sino para ser leída con lágrimas en los ojos, al calor de las familias en las que impere aún y se practique sinceramente, como ley obligada y justa, el sentimiento religioso.

Para terminar hay que hacer constar que ese libro de sentimiento tan noble y delicado, ha sido donado por el autor al hospital de San José, juntamente con mil ejemplares impresos de cuya venta se ha encargado una distinguida Comisión de Damas.

Justo es consignar que tan notable obra va encerrada en un precioso estuche. Las espléndidas ilustraciones del talentoso artista A. Bosco, de Eusevi y de un distinguido abogado, nuestro activo colaborador y tan galano literato como hábil dibujante. La artística impresión de los talleres de Dornaleche y Reyes son su natural adorno. Hace marco á estas líneas un cuadro al agua fuerte de Bosco regalado á Sienna con motivo de haberle éste dedicado una producción sobre Italia.



Al inspirado artista Rafael Sienna quien, al dedicarnos una de sus hermosas producciones, sobre mi Italia, con palabras sumamente elogiosas, inmerecidas, se hizo cómplice de un momentáneo, pecado de vanidad,

Buenos Aires, Diciembre 1900,

A. BOSCO.

Fragmentos de un manuscrito

Eran las diez de una divina noche tropical. La bóveda del cielo, incrustada con los diamantes del Crucero, se arqueaba sobre las altas cumbres. La brisa estaba cargada de perfumes que se inyectaban dulcemente en los sentidos; la atmósfera azulada, la luna en todo su esplendor.

Algo extraordinariamente sombrío debía ocurrir en el Hotel de Santa Teresa, en la montaña, para que no reinara allí la alegría y el contento habitual. Sus huéspedes, sobre la terraza, ó diseminados en grupos por el jardín, departían en voz baja, retratada en todos los semblantes la más profunda consternación.

En el círculo de íntimos del salón de recibos del compartimiento de Mangacha Lasala, como nunca concurrido, no se oían las sátiras chispeantes de los brasileños amigos de la Monarquía, contra los hombres de la República, ni los alegres diálogos de las señoras comentando el ruidoso estreno de *El Cóndor*, de Carlos Gómez, ni las animadas discusiones de los hombres sobre cotizaciones y acontecimientos políticos. El piano estaba cerrado; la melodiosa voz de la señora Matzon había enmudecido...

¡Era, que en las habitaciones inmediatas, una en brazos de Mangacha, y la otra en los de la joven señora de Vellozo, Elita y María Angélica, atacadas de fiebre amarilla, gravemente la última, concentraban todas las atenciones y cuidados... perdidas ya hasta las últimas esperanzas, en el restablecimiento de la madre!...

¡Y allá, en el extremo del hotel, en espaciosa y desmantelada habitación con un lecho blanco; á la vaga y confusa proyección de dos cirios delante de un Santo Cristo, un anciano sacerdote, de severo aspecto y demacrado rostro, estaba arrodillado!

Los médicos del cuerpo habían cedido su puesto al médico del alma; y el doctor Figueredo, el pastor de la montaña, con bucles de plata y cuerpo macerado, de vasta erudición y ejemplares virtudes cristianas, advertido de que una joven extranjera, moribunda, necesitaría los auxilios de su santo ministerio, á pesar de sus años y sus achaques, en su báculo apoyadas las temblorosas manos, entre las sombras, habíase arrastrado hasta allí, á ofrecerlos, lleno de humildad y mansedumbre...

Profundo conocedor del corazón humano, el viejo anacoreta, después de haber aquilatado la preciosa limpieza de aquella alma, no vulgarizó la solemnidad del drama, no profanó el arraigo de aquellas creencias, la docilidad de aquel corazón, con el sostenimiento de quiméricas ilusiones y mentidas promesas de un próximo restablecimiento...

Desde el primer momento vió la inminencia del dolorosísimo desenlace, y, posesionado de su misión y de sus altos deberes, tranquilo y firme, ocupó su puesto é imprimió su dirección á las horas de la agonía...

Templó el espíritu gigante de la moribunda,

derramando, á raudales, sobre ella, los consuelos inefables de la religión; y arrancándole una á una las efímeras esperanzas de la tierra, y mostrándole las puertas del cielo, abiertas de par en par para recibirla: «¡Hija mía,—le dijo,—¡mañana... esta noche, tal vez... estarás con Él en el Paraíso!...»



...“divinamente pura, perpetuamente casta!...”

Luis Piñeyro del Campo.

¡Hondo gemido arrancóse de su alma; profundo estremecimiento agitó sus nervios, desgarrado el corazón de la mujer, de la esposa, de la madre, de la hija!...

El, llevándole á los labios la imagen del Santo Redentor, cicatrizó la herida con el precioso bálsamo.

Y un silencio mortal reinó en la alcoba!...

Rafael Sienra.

Soneto rojo

Como una mancha de rubor colora
Un celaje rojizo á la mañana;
Y semeja una rosa en tu ventana
Brasa de incienso en el altar de Flora.

Coral del mar de luces de la aurora
Y fuego del perfume y de la grana
Es el rojo clavel que te engalana
Cual llama que á tus senos acalora.

Es tu boca, de púrpura encendida,
Un rubí del amor y de la vida:
Y el pudor enrojece á tu alborada
En la sangre con luz de la pureza,
(¡Cuál yo purpuraría tu belleza
Bañándote en mi sangre apasionada!

Guzmán Papini y Zas.

De la cartera de Bizantinus

I

HUMORÍSTICAS Y SEMISERIAS

Acusado injusta, inicua, de haberse vestido con los despojos literarios de un quidam, que reputaba muy inferior á él, en la impremeditación de una defensa improvisada el reo exclamó: —Protesto;—yo puedo, imitando á Molière, «tomar mi bien donde lo encuentre», robar en poblado literario, en la ciudad de las letras, pero soy incapaz, lo juro.... de ser *cua-terro*!



Enalteciendo la candidatura presidencial de uno de nuestros grandes hombres de convención, en lucha con otras de hombres de espada, dijo un letrado, ciego admirador del primero: «no se le negará, al menos, que su candidatura es una acción de nulidad contra el militarismo».

—Está Vd. seguro, observóle su in-

terlocutor, que se trate de una acción de nulidad y no de una nulidad en acción?

El mundo sigue siendo tan explotado en todo por unos pocos, que todavía puede repetirse lo que decía Lucano hace más de dos mil años: *humanum paucis viciat genus*,—el mundo vive para unos pocos.

No les falta pues, razón, á los que planteando como dilema social el figurar como pavos ó cocineros, elijen esto último.

Y en verdad os digo que si la cuestión estuviera bien planteada, sería preferible ser cocinero con gorro blanco.... ó rojo, á ser pavo con coquete tricolor.

Los hombres virtuosos son los que se venden más caro: se venden siempre por más de lo que realmente valían, pues eran pillos en retardo de ser conocidos.... y tal vez de conocerse á sí mismos.

II

GALANTES

Acababa de ver el viejo mundo.—Había contemplado París y las maravillas de su Exposición de 1889.—Acababa de visitar la Italia y tenía aún deslumbrados mis ojos por el esplendor de sus grandezas históricas y artísticas.—Recién desembarcado en Montevideo, mi ilustre amigo el doctor José P. Ramírez me interrogó así: Y ahora que Vd. ha visto el viejo mundo, ¿qué le parece Montevideo?

La ciudad más linda de la tierra, le contesté sin vacilación alguna, sintiendo lo que decía y mereciendo de su amor al terruño una sonrisa de franca aprobación. Si, como el poeta desterrado en el Ponto, decía: *quid melius Roma?* yo me pregunto y afirmo á la vez, que para un oriental como yo no hay nada más bello que Montevideo con su cielo azul, su río como mar, sus alrededores que son un jardín sin fin y sus mujeres que tienen el *spirit* de las francesas, la gracia de las españolas, el candor de las inglesas, el fuego de las italianas y la dulzura y firmeza de sentimientos de las criollas,—resultado de la selección de las razas más selectas bajo la acción de la luz del sol americano!

Declaración.—(Veinte años atrás).

Era tan bella, tan seductora, y tan segura parecía de su poder de fascinación, que después de los preliminares de estilo, algo abreviados, le dije, recordando al Dante: Vd. puede repetir con este, sin que en ello haya jactancia alguna:

«E chi mi vede e non se ne innamora — D'amor non avrà mai intelletto».

—Y Vd.,—exijo la verdad, toda la verdad, me replicó con una sonrisa irresistible,—es inteligente, muy inteligente en este *casus*.... *belli*?

—Dante me prohíbe la modestia, pues sería necia, y tengo que declarar atrevidamente, que soy en este caso un genio.... adorador de la belleza soberana.

—Si fuera soberana querría adornar vuestro cuello con regio collar, como á caballero vencedor en gentil torneo.

—(Gracias! gracias!,—más sabed que prefería al de un rey, como el poeta árabe Hafiz—el que formaría envolviendo mi cuello.... con vuestros brazos!

Byzantinus.



Un sueño

Un día se me ocurrió dar, como tema de composición á los alumnos de tercer año de *Gramática Castellana y Latín* los versos siguientes:

*I fratelli hanno ucciso i fratelli
Questa orrenda novella vi do.*

— Profesor, me dice un alumno: ¿qué clase de latín es ese?

— Á decir la verdad, no es un latín propiamente



Gervasio Osimani

dicho,—contesté— es un latín napolitanizado.

— ¡Otra te pego! replica el alumno; me quedo más en ayuna que antes, pues no ignoro absolutamente el dialecto napolitano y tengo además algunos conocimientos homeopáticos de latín, pero esa jerga no se parece en nada al *latín del tercer año del Bachillerato*— que, dicho sea de paso, todavía no está reglamentado y ¡ojalá nunca se reglamente!

— Comprendí toda la picardía del tunante que no tiene pizca de tonto y, haciéndome el desentendido, recordé á los alumnos los comentarios de don Nicolás Granada sobre aquel célebre verso de Dante, *non ti curar di lor, ma guarda e passa*, que tanto buen humor despertaron en los pasillos del Parlamento Uruguayo, allá por los años de triste recordación, en que los chascarrillos sobre el *loro* y la *pasa* han quedado como apuntes característicos de la época.

Pero observé que entre los que armaron una algarabía extraordinaria, al oír la interpretación filológica del autor de *Atahualpa*, que dice con sonrisa mefistofélica á su colega atento: *quédate con el loro y yo me guardo la pasa*, observé digo, que uno de los alumnos, el más apli-

cadito, en lugar de reírse, tenía dibujada en su semblante una expresión de profunda tristeza.

— ¿Qué tiene usted,—le dije, llamándole por su nombre,—está enfermo?

— No, Profesor; pensaba en los dos versos del célebre literato italiano Alejandro Manzoni. ¡Si supiera usted el mal que me han hecho, al recordarlos en estos días!

Comprendí todo el alcance de aquella franca confesión y traté de dar insensiblemente otro giro á aquel rato de expansión que había permitido en clase.

— ¡Bravo! ¡Bravo!, le dije; para escribir bien es menester sentir, y si queremos convencer y conmover á los demás, debemos llorar nosotros mismos ¿no es verdad?— *Si vis me flere dolendum est primum ipsi tibi.*

— Esto sí que sabe á latín de *tercer año*, dijo otro alumno, al oír la frase de la célebre epístola á los Pisones,

— ¡Bueno! ¡Bueno! Basta ya de comentarios. Tomemos la cosa en serio, dije yo; ustedes saben que tienen la obligación de rendir el exámen escrito, examen del cual depende, puede decirse, el bueno ó mal resultado de nuestras pruebas de fin de curso. Animarse, pues, y espero que mañana me presentaréis un trabajito meditado y sentido.

Era el año 1897 y, si mal no recuerdo, los últimos días del mes de Marzo, cuando, con marcada intención, di en clase el tema indicado, después de la batalla de *Tres Arboles*, que había dejado honda y penosa impresión en el ánimo de los salteños, como indudablemente aconteció en toda la República.

Al entrar en clase el día después de haber dado el tema que indiqué, me dirigí al alumno, en cuyos ojos había leído una sombra de tristeza, y le dije:— Lea su composición.

— No sé si puedo llamar composición mía á la que traigo escrita.

— ¿Por qué?

— Porque la he soñado, y, despierto, la escribí



Instituto Politécnico

como si la supiera de memoria ¡tan hondamente había sido impresionado en el sueño!

—¡Muy bien, dije yo; se ve que los sueños, con razón, han sido definidos:

*Le immagini del di guaste é corrotte
Dall'ombra della notte,*

Empiece, empiece usted que tengo curiosidad é interés de oír la narración de su sueño.

—Anoche, continuó con su cara tristemente seria, á pesar de que sus condiscípulos no podían disimular una mal reprimida mueca de sonrisa pícarasca, anoche, dije, me retiré á casa temprano para desarrollar el tema de la composición; pero estaba tan afectado, bullían en mi cerebro ideas tan negras, se asomaban á mis labios tantas impresiones y mis ojos humedecidos querían llorar con tanta insistencia, que tiré la lapicera desesperado. Intenté serenarme, más inútilmente; no podía coordinar ideas; estaba sobrexcitado, y hasta creo que tenía fiebre, porque me ardía la frente y me latía con violencia el corazón.

Quedéme así por largo rato, como aletargado, con la lapicera entre mis dedos nerviosos, con una hoja de papel por delante y la mirada fija hacia un punto lejano, lejano como si fuera un centro de atracción desconocido que se mira y no se ve, se oye y no se escucha.

Por fin me dormí, pero tenía los nervios tan excitados, que varias veces mi sueño fué interrumpido por dolorosas pesadillas, hasta que me desperté con sobresalto, bañado de sudor y ahogado por el llanto.

Había soñado cosas tristes; tan tristes y de tanta oportunidad para la composición de hoy, que, levantádome antes de amanecer, cogí la lapicera y llené estas cuartillas con la rapidez de quien copia lo que ha visto y escucha.

—Lea, pues; su narración me interesa sobre manera.

—Allá va y leyó...

Era una descripción admirable de la batalla de *Tres Arboles*, un cuadro palpitante de vida y de actualidad, tan real, tan sentido que por un buen cuarto de hora cautivó la atención de toda la clase.

De pronto exclama: «¿Quiénes son esos valien-

tes entrenzados, confundidos en tan reñida batalla?... ¡Miradlos! ¡miradlos! Nadie retrocede, nadie mide el peligro, ni la posición, ni el número, ni las armas de precisión del adversario... Decidme, ¿los conocéis?... ¡Oh desdicha! ¡oh desdicha! ¡oh desdicha!... Ya sé, ya sé: ¡son todos hermanos!...»

Empezó á temblarle la voz, y, pálido como un cadáver, entregóme la última cuartilla diciéndome, no puedo continuar.

Seguí yo leyendo: «me parecía ver desde una colina la misma bandera entre los beligerantes y la imagen severa de la patria que publicaba y lloraba amargamente. De pronto un grito hiere mis oídos: ¡Soldados! ¡Al sacrificio en cumplimiento del deber! Ese grito había salido de los labios de un oficial distinguido que



Capitán Montautti

había recibido la orden de pasar un arroyo y cargar sobre el enemigo; pero al mismo tiempo lo ví caer fulminado por una bala. Aquel oficial no me era desconocido. Con la incoherencia propia de los sueños me vi repentinamente trasladado al arroyo mismo, me acerqué al recién caído y cuando iba á levantar su cabeza miróme con supremo dolor...

«¡Capitán Montautti! ¡Capitán Montautti!... ¡Mi querido profesor de dibujo!...⁽¹⁾ y así gritando me desperté repitiendo:

*I fratelli hanno ucciso i fratelli;
Questa orrenda novella vi do.»*

Gervasio Osimani.

Salto, Diciembre de 1900.

(1) El capitán Montautti fué profesor de Dibujo en el Instituto Politécnico del Salto.

Viajera

(Con un ejemplar del «Álbum de Poesías Uruguayas»)

Cuando la clara lumbre
Del cielo azul de Italia
Evoque en tu memoria
La imagen de la patria,
Y al ritmo dulce y suave
Del habla de Petrarca
Mezclar del Plata quieras
La nota castellana—

¡Oh! si tus bellos ojos
Recorren estas páginas,
Y acaso un verso mío
Detiene tu mirada
Piensa en que mi amistad al mismo tiempo
Lee tu nombre en el libro de mi alma!—

José Sienra Carranza.

El parte de Cagancha

(En 1839, un ejército compuesto en su mayoría de argentinos e indios y en el que también figuraban uruguayos, invadió el país a las órdenes del general Echagüe; y después de algunos encuentros parciales se dió en los campos de Cagancha, el 29 de Diciembre, una de las más sonadas y memorables acciones de guerra que registran los anales del país. El ejército heterogéneo de Echagüe fué derrotado completamente por el ejército nacional que mandaba el general Fructuoso Rivera, y que era muy inferior en número á aquél.

Uno de los detalles interesantes de esa batalla fué la forma en que el general Rivera comunicó al gobierno de Montevideo su triunfo y para narrarlo dejamos con gusto la palabra al ilustrado y talentoso historiador de *La invasión de Echagüe y batalla de Cagancha*, doctor Dufort y Álvarez.)

La señal convenida con don Pedro Pablo Siererra para anunciar la victoria, era la cadena del reloj de Rivera, rota en dos pedazos. El día de la batalla le fué entregada por el teniente Chaná. Tal fué la primer noticia llegada á Montevideo. El Chaná había sido despatchado por Rivera al pronunciarse la derrota del enemigo, antes de empezar la persecución, y para que volase con la fausta señal de la victoria, le dió su propio caballo overo rosado.

A las tres y media de la tarde, el general Martínez, haciendo mesa de un tambor, escribió dando detalles del triunfo y confió el parte á su sargento de órdenes Feliciano González, á quien se le dió el caballo del ayudante Tula, un alazán marca también de don Sandalio Giménez, padre.

Salíó el mensajero á escape. Antes de llegar al Santa Lucía, supo que el Chaná había dado agua al caballo en ese río y trató de alcanzarlo. Imposible. A cada paso es detenido por hacendados y hasta personas de Montevideo, que ansiosas se acercaban al campo para saber noticias:— «¿Qué hay? ¿Qué sucede? ¿Cómo vamos?»— «Vencedores! Vencedores en toda la línea!» sintetizaba González. Y le daban onzas de oro. Así sembrando la alegría con palabras tales, á escape siempre, llegó á Montevideo muy entrada la noche.

Parado frente al portón de San Pedro, hoy calle 25 de Mayo á la altura de Florida, á grandes voces se anunció así:

— ¡Viva la Patria!... ¡Viva el gobierno de la república!... ¡Viva el general Rivera!

Asomóse al muro el jefe político don Luis Lamas, y suponiendo con razón que aquél era el

portador de la buena nueva, le dijo afectando gran aspreza:

— ¡Ché! ¿Qué gritos son esos? De seguro que vienen disparando del enemigo!

— No, señor!... ¡Hemos triunfado!... Traigo el parte!... ¡Viva el general Rivera!

Rechinaron los cerrojos, abrióse la gran puerta y entró el mensajero con el caballo de tiro.

El jefe político lo recibió pistola en mano, y después de preguntarle cómo se llamaba, de dónde venía, quién lo mandaba y con quién servía, recibiendo contestación á todas sus preguntas, le dijo:

— Trae esos papeles!

— No, señor,— contestó González con firmeza, — sólo los entregaré al vicepresidente de la república.

— No es tonto el morenito!— dijo el señor Lamas.— Está bien. Vamos al Fuerte. Sígueme!

Por el camino que hicieron á pie, siempre González con el caballo de la rienda, iba engrosándose el grupo con multitud de curiosos, hombres y hasta señoras. De boca en boca corrían los detalles que el mensajero daba, respondiendo á las preguntas de Lamas. Al llegar á la casa de gobierno, hoy Plaza de Zabala, todo un pueblo los acompañaba dando gritos de júbilo y entusiastas vivas.

En el salón de la Casa de Gobierno estaban don Gabriel Pereyra, vicepresidente de la república, el general Rondeau, ministro de la guerra, don Manuel

Herrera y Obes, don Santiago Vázquez, don Francisco Muñoz y otras notabilidades de la época.

— Pero si es un triunfo completo— exclama Pereyra, leyendo luego el parte recibido.

Una explosión de entusiasmo y de vivas al general vencedor resonó en el recinto, que oídos de la calle fueron devueltos por el pueblo allí reunido, con tumultuosa alegría.

El vicepresidente quiso que al sargento González se le extendieran los despachos de alférez; pero éste se obstinó en no aceptarlos, alegando que estaba al lado del general Martínez y que, como oficial no podía servirlo en la forma que lo hacía. Como oficial no podría cebarle mate, ensillarle el caballo, lustrarle las botas y limpiarle las armas!

Anacleto Dufort y Alvarez.



Coronel Feliciano González

SARGENTO EN 1839



Leyendo el "Rincón Azul"

Cuadro al óleo de Hermenegildo Sabat

La fiesta de los niños



Vista general de «Villa Dolores», tomada por elevación

PARA que nuestra sociedad pueda seguir preciándose con justicia de no olvidar jamás á los desvalidos y acudir siempre á los llamados de la caridad, pocas veces se ha realizado una fiesta tan simpática por su objeto, como la que el 25 se realizó en Villa Dolores. Se trataba de una casa para niños, para esos pobres niños que padecen en desnudo hogar ó que vagan por las calles exhibiendo sus sufrimientos y sus miserias; de una casa donde puedan encontrar los auxilios de la ciencia los pequeños enfermos y delicados consejos que los empujen al bien. Se invitó para esa fiesta á los niños de nuestras familias, de modo que el hospital á fundarse, después del generoso donativo de los esposos Pereira-Rosell Rius, tu viera como primer precedente de su fundación el óbolo de nuestra sociedad entregado por manos infantiles, en el alborozo de una her-

mosa tarde de luz y de alegría, en aquel encantador local de Villa Dolores.

La fiesta fué digna del proyecto que se beneficiaba y de las prestigiosas iniciativas que motivaron su organización. La villa, con los atractivos de sus jardines, de las pequeñas grutas, del lago, de las curiosas colecciones zoológicas, estaba inundada de concurrencia, entre la que los niños, nerviosos y alegres daban la nota bulliciosa, con sus repentinas curiosidades y sus deliciosos caprichos.



«Villa Dolores.» — En el momento de descubrir el Árbol de Navidad

En un pabellón cerca del lago, se había instalado el gran árbol de Navidad cargado de juguetes. Para aquella concurrencia de liliputienses señoritas le vestido corto y de valientes marineritos, era el pabellón la atracción principal y desde temprano los brillantes ar-

lequines, los caballitos de madera, los equipos militares, las muñecas, y en fin, las cuatro mil pin-

torescas chucherías donadas á la Comisión de damas para ser repartidas, tenían un grupo de pequeños y ansiosos admiradores que aumentaba á cada instante. Por fin empezó la distribución y de aquel gran grupo de cuerpecitos delicados y de cabecitas rubias y morenas, brotó como una música argentina y alegre, una algaraza de voces, de gritos de placer, risas y pedidos insistentes. Trabajo costaba contener aquel pequeño pueblo soberano, y más que nada hacerlo callar. Se alzaban cien manitos blancas, en tanto que la Comisión de Señoras y Señoritas trabajaban con febril actividad en el reparto, despachando juguetes y más juguetes á la insaciable voracidad de aquella deliciosa multitud sublevada. Y al entregar cada juguete, alguna frase cariñosa explicaba á los niños que aquel era un regalo del niño Dios y un agradecimiento de los pobres por la obra proyectada. Y al dar cuerda á su muñeco, quien sabe cuanta imaginación infantil evocaba la luminosa y tierna escena del pesebre de Betlelem, recién explicada en la intimidad del hogar, en medio de aquella escena tan indescriptible como inolvidable. En tanto que alrededor del pabellón seguía la alegre algarabía, por los senderos pintorescos de la Villa paseaba la concurrencia. Nuestras niñas más bellas y distinguidas hacían más hermoso aun el aspecto de aquella colección de variedades artísticamente dispuestas. Hasta el anochecer duró el paseo, que por cierto dejará recuerdos imborrables por el conjunto de circunstancias que concurrieron á darle brillantez. La distinguida

Comisión de Damas que la organizó, así como la de Señoritas que colaboró con tanta decisión, deben estar satisfechas del éxito tanto social como pecuniario y sobre todo por haber celebrado el gran día del año cristiano con aquella fiesta infantil, que moral y materialmente contribuirá en primer término á la realización de la noble obra del hospital de niños. Después de terminada la



«Villa Dolores.» — La entrega de los juguetes

fiesta, cuando se retiraban los concurrentes, los esposos Pereira-Rosell tuvieron un rasgo más de filantropía. Frente á Villa Dolores había no menos de cuatrocientos niños que presenciaban de la calle los festejos. Se les hizo entrar y también se les repartieron juguetes, para que pudiesen participar igualmente de la alegría de los afortunados.

La muerte de don Joaquín Suárez

25 de Diciembre de 1868

(De los apuntes inéditos para la biografía de don Joaquín Suárez, por el ilustre hombre público doctor don Manuel Herrera y Obes; apuntes que posee uno de nuestros compañeros de redacción, reproduciendo los que relatan los últimos momentos del ilustre patriota.)

El señor Suárez vivió el resto de sus días querido y respetado de todos los orientales, que miraban en aquel venerable anciano uno de los monumentos de nuestras libertades é independencia, y un dechado de acendrado patriotismo, á quien todos, propios y extraños, amigos y desafectos políticos, se hacían un deber en rendirle el más cumplido homenaje de respeto y admiración.

En su retiro y aún en los últimos días de su preciosa existencia, se complacía en recibir á todos los que iban á verle y siempre en sus conversaciones se traducían los votos del fondo del corazón de un patriota que no deseaba

cerrar sus ojos sin ver realizada la felicidad de su patria, con la unión de sus hijos y el engrandecimiento de su gloria y de sus instituciones y libertades de que fué siempre un centinela celoso.

En esos días parecía que aquel virtuoso anciano había reconcentrado toda su vida pasada de grandezas, para manifestarse lleno del esplendor que da á un alma trabajada en el yunque de la abnegación y el patriotismo, la conciencia pura y limpia del que obró siempre bien y bajo las inspiraciones más nobles en su vida, para esperar tranquilo el momento en que debía plegar su frente á la tierra para dar cuenta á Dios de sus actos.

Así le veíamos risueño y alegre, aún en los momentos de sus más acerbos dolores físicos, así le veíamos jovial con sus amigos, con su familia y sus médicos, que se recogían en escuchar de sus labios los últimos acentos de aquel gran ciudadano.



Don Joaquín Suárez

RETRATO HECHO EN EL MISMO AÑO
DE SU MUERTE

(De la colección de José L. Martínez)

Debemos vincular á estos instantes de la vida de este Cincinato, los rasgos de caballería y de desprendimiento de dos facultativos orientales que hacen honor á la ciencia, los doctores don Gualberto Méndez y don Germán Segura. El señor Méndez, oriental de pura sangre, y que siempre rindió culto á las glorias de su país, decía cuando supo que el señor Suárez estaba grave:

El venerable ciudadano don Joaquín Suárez, esa gloria, en monumento de nuestras más ricas tradiciones nacionales, si ha de morir debe morir en manos de médicos orientales. Aquí estoy yo, ahí está el doctor Segura, y otros que nos haríamos un deber y un alto honor en ir á la cabecera de ese ilustre ciudadano sino á salvarlo porque ya no hay poder humano que pueda arrebatarlo á la muerte, á lo menos á dulcificar sus dolores físicos, á hacerle menos penosa su muerte, á prodigarle personal y desinteresadamente nuestros cuidados.

En efecto, justo era el deseo del doctor Méndez, justo era el que los deudos del señor Suárez, accedieran á aquella última prueba de cariño y de respeto que dos orientales querían dar á don Joaquín Suárez.

Los señores doctores Méndez y Segura acompañados algunas veces del finado doctor Pané, que había asistido en otras ocasiones al señor don Joaquín Suárez, se constituyeron no ya en sus médicos, sino en sus enfermeros que personalmente hacían las curaciones al ilustre patricio á toda hora del día y de la noche hasta que espiró el 25 de Diciembre de 1868.—Las palabras de agradecimiento que el señor Suárez prodigaba á los

doctores Méndez y Segura, al verse objeto de tan solícitos y buenos cuidados, más de una vez conmovieron profundamente á los doctores Méndez y Segura y á las personas que rodeaban al señor Suárez. El señor Suárez no hizo cama en su penosa enfermedad. Toda ella la pasó sentado en el mismo sillón que tuvo en su sala y que ocupó durante los nueve años de asedio en Montevideo. Su espíritu vigoroso y fuerte luchaba con la materia que se deshacía; sereno y tranquilo esperaba su último momento.

Los médicos le instaban que pasase á la cama porque veían por instantes la muerte del señor Suárez; éste con la benevolencia que le era natural les manifestaba que se encontraba bien y que tenía el corazón bastante para luchar, y se le oía repetir: siento un placer indefinible, jamás estuve más contento y tranquilo que ahora lo estoy.

Los instantes corrían y el momento supremo se acercaba.

El señor Suárez, entonces, conociendo sin duda que un ataque violento venía, se incorporó como pudo el sofo del sillón en que estaba sentado; y en presencia de su familia y de otras personas, dobló la rodilla en tierra, levantó su frente serena al cielo, y después de un momento se levantó, no sin gran trabajo, y cayó en el sillón ya víctima del ataque que le sobrevino y que á las dos horas concluyó con su existencia. En cuyos solemnes momentos era asistido por S. S. Ilmo. el señor obispo de Megara.

Manuel Herrera y Obes.

Á mi nieta



ROJO Y BLANCO UNOS versos me ha pedido
Para la hoja especial del *Siglo Nuevo*,
Y yo he dicho que sí, mi ángel querido,
¡Que á todo, siendo para tí, me atrevo!

Me piden, con los versos, mi retrato,
Y hasta me dan el nombre de poeta,
Pero yo he discurrido largo rato
Y la triunfando la imagen de mi nieta.

Élla será la estrella que ilumine
La página en que escribo estos renglones,
Y mientras yo á las musas asesine,
Élla hará palpar los corazones.

Mi triunfo es triunfo del hogar querido
Que tu madre animó con sus encantos:
Con él pago la mira que has vertido
Sobre todas mis penas y mis llantos.

Yo confieso contrito mi pecado:
¡Cuántas veces, mirándome al espejo,
Al verme ya canoso y arrugado
Sentí tristeza de encontrarme viejo!

Pero tus ojos, tu color de cielo,
Han disipado esas quimeras vanas,
Y hoy bendigo mis años y mis canas,
Orgulloso y feliz de ser tu abuelo.

Viniéndome de tí, todo lo admito,
Y más, cuando entre gracias seductoras,
Me delatas á niñas y señoras
Llamándome cien veces abuelito.

Lláname siempre así; tu dulce acento
Suenas como una música en mi oído,
Y me recuerda el sin igual portento
Que en otras horas alegró mi nido.

Al pensar esas cosas siento frío....
Vendrá otra vez *Romero* por *Julietta*,
Y volverá á rodar en el vacío,
Llorando las ausencias de mi nieta.

Mas no: *Romero* atenderá mi cuita,
Cuando le diga, en queja lastimera:
«Ya que quiere llevarse á mi nieta
Espérese, Señor, á que yo muera.»

Y él oirá compasivo mis clamores
Otorgándome el último consuelo;
Que seas tú la que derrame flores
Sobre la humilde tumba de tu abuelo.

Alfredo E. Castellanos.

Diciembre de 1900.

Fiestas españolas

De aquellas fiestas españolas que se celebraban en el Prado hace años, y en las que medio Montevideo se entregaba sin reservas á una verbena campestre, no quedaba más que el recuerdo. Poco á poco había ido disminuyendo el entusiasmo por ellas y año á año perdían algo de sus tradicionales atractivos; y he aquí que cuando se creía que seguiría la decadencia, se realizan el domingo pasado y el lunes y martes de esta semana, con extraordinaria concurrencia y animación, adquiriendo el mismo brillo que tuvieron en sus buenos tiempos. Esta curiosa resurrección de los populares festejos á su antiguo esplendor, ha sido inesperada, pero ha dado motivo á que miles y miles de personas hayan gozado de unos hermosos días y á que la colonia española se mostrara una vez más tan numerosa como unida, en la fecha en que más evidentemente recuerda á la madre patria y sus costumbres.

Desde la madrugada del domingo el Campo Eúskaro tomó un aspecto inusitado. Entre la arboleda se levantaban carpas de formas caprichosas donde los pequeños comerciantes instalaban sus negocios — y la concurrencia, llevada á montones desde el centro, aumentaba paulatinamente de hora en hora, inundando todo el

amplio local, en medio del bullicio de distintas músicas y de la alegría de los preparativos.

La recepción en la carpa oficial fué un acto brillante, al que asistió lo más distinguido de la colonia española y en la que nuestras autoridades estuvieron dignamente representadas. Se cambiaron afectuosos discursos en los que se hicieron al mismo tiempo votos de felicidad por España y este país. Desde ese momento la fiesta alcanzó proporciones inesperadas. Á la concurrencia enorme correspondía la delirante y ruidosa alegría de todos los que figuraban como actores. Los bar al aire libre, siempre llenos, contrastaban con los fogones criollos donde el plato nacional se doraba, los bailes improvisados no estaban menos concurridos que los juegos instalados entre las carpas,

y milongas y jotas, criollos y españoles se confundían en una alegría común y en el más pintoresco de los conjuntos.

La Noche Buena, fué otro de los períodos de las fiestas de mayor animación. Allí se practicó puntualmente aquello de «no es noche de dormir» y la *juerga*, entre la iluminación más heterogénea, entre músicas y ruidos, con el concurso de varias comparsas que ha-

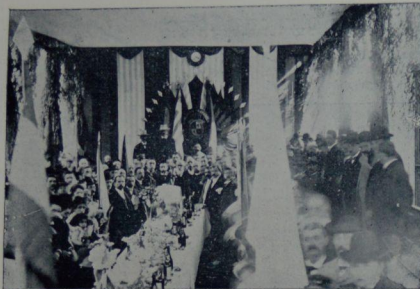
cían su primer ensayo de organización, duró hasta el alba, dentro de la más espontánea y ruidosa



La comitiva al salir de la Sociedad Española de S. Mutuos



La Comisión organizadora en la Legación de España



En el Campo Eúskaro.—La carpa oficial

alegría, pero también en medio del orden más completo. El día de Navidad, en el que se clausuraron las fiestas, la concurrencia fué más numerosa que nunca, despidiendo dignamente la espléndida romería. 1

La Asociación Española de Socorros Mutuos en la celebración de este otro de sus aniversarios ha adquirido un título más á la consideración general.

Por las Escuelas

Hemos continuado nuestras visitas por las escuelas de enseñanza primaria, recogiendo notas gráficas que ofrecemos gustosísimos á los lectores de ROJO Y BLANCO, porque sabemos que en



Escuela de 3.^{er} grado número 2.—Directora: señora Victoria Stagnero de Zerbino

ellos despiertan vivas simpatías esos actos que reflejan cultura y que son augurio de épocas de progreso y de felicidad. Los grabados corresponden á tres escuelas del Estado, confiadas á digni-



Escuela de 2.^o grado número 6.—Directora: señorita María Zavalla



Escuela de 2.º grado número 15.—Directora: señorita Laura Palumbo

como á las autoridades escolares superiores, cuyos miembros han hecho acto de presencia en ellos, lo mismo para darse personalmente cuenta de su estado que para estimular al distinguido personal enseñante de Montevideo. Nuevas notas gráficas de los últimos que se realicen, ofreceremos en el próximo número de ROJO Y BLANCO.



Academia norteamericana

Don Alberto Flangini

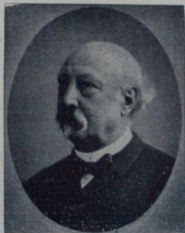
Ha fallecido en la semana anterior el ciudadano don Alberto Flangini, una de las personalidades más salientes del partido Colorado á cuyo servicio consagró la mayor parte de su vida.

Ligado por estrecha amistad al general don Venancio Flores, fué uno de sus fieles consejeros acompañándolo en el desempeño de elevados puestos públicos, tales como los de oficial mayor de un Ministerio, senador, diputado y ministro de Estado, llegando hasta ocupar durante breve intervalo en 1882 la presidencia de la República como presidente del Senado.

Fué un hombre ilustrado, de carácter templado, cuyos consejos llenos de cordura y elevado patriotismo valieron de mucho á la nación en épocas aciagas.

Cuando fué asesinado el general Flores en las calles de Montevideo, el señor Flangini ocupaba un sitio en el carruaje de la víctima, escapando milagrosamente á la muerte.

Difiera en paz el austero ciudadano.



simas maestras y uno de ellos á la Academia Norteamericana, centro de enseñanza que descuellan entre los particulares de esta capital por la rigidez implantada en la educación de los alumnos como por la extensión dada á sus programas de enseñanza.

Los exámenes de fin de año terminan en estos momentos, dejando impresión muy grata, según los informes que hemos obtenido, tanto en las comisiones especiales que los presiden

Viajes inverosímiles

De Tartarín de Montevideo al país de los Rotos

Prólogo



La cumbre del "Aconcagua"

Jamás, jamás (lo juro por los dioses), — me hubiera imaginado que mi viaje, — tan grande polvareda levantara, — Deseoso de olvidar los malos ratos, — que mi alta posición me proporciona, — solicité del Superior licencia, — y el libre vuelo dirigí hacia Chile. — Me fui callado, sin decir á nadie, — cuál era de mi viaje el objetivo: — mas, sin embargo, diarios novedosos, — dieron de esa excursión noticias tales, — que ahora me obligan á narrar verídico, — cuantas me acontecieron peripecias, — (transposición se llama esta figura), — á fin que nadie á imaginar se atreva, — que soy artista en cultivar el humbug — y en darle al bombo personal, maestro! — Nunca! Mil veces no!... Si algunos diarios — de mí contaron en lejanas tierras, — proezas que sin duda obscurecieron — á las que Tartarín dió excelsa gloria, — esos diarios mintieron. Fué sin duda, — por no fallar de los canards al cullo! — Jamás de muerte estuve en el peligro, — (como dijo un repórter visionario) — ni me arrastraron del Zanjón las aguas, — ni me enlazó providencial viandante, — que, nuevo Salvador, bajó del cielo... — En Mendoza tampoco fui á las videtas, — ni di opinión sobre los nuevos mostos, — ni calculé la producción futura, — ni dije ser en caldos gran experto. — Y cuando atravesé la Cordillera, — tampoco pretendí (como dijeron — algunos telegramas) que era dueño — en cuestión de armamentos y milicias, — y no pronostiqué como un oráculo, — sobre el fin de una guerra, ... en que no creo! — Para poner las cosas en su punto, — y expresar bien mis propias opiniones, — (que tradujeron mal torpes intérpretes), — hoy me decido á publicar las notas, — que en mi viaje apunté, pues tal vez sean, — á quien sepa pensar, intere-

santes... — Por ellas se verá cómo se engañan, — quienes suponen que la mole andina — separa la Barbarie del Progreso. — ¡Oh, qué supino error! Contra el presumo — triunfar al fin, pues imparcial y claro, — pienso decir esa Verdad desnuda — que algunos por pudor, nunca dijeron. — Y si Ercilla cantó de la valiente — raza Araucana la feroz bravura, — yo he de contar de aquella misma estirpe, — pacíficas hazañas que la América, — creyéndola guerrera, no conoce... — Y ha de ver quien me lea, cómo el pueblo, — que ha ceñido sus sienes con el lauro, — regado por la sangre en los combates, — la bélica corona por espigas — de riqueza y de paz trocó prudente. — He de cantar del Roto escarnecido, — la duégnita victoria en el Trabajo: — de la Tierra rompiendo el generoso — seno con el arado y con la azada, — ó buscando en los antros la riqueza — que da el filón de cobre, ó á los mares — lanzándose á probar varia fortuna, — en lucha con las olas y los vientos... — ¡Pueblo trabajador que otros suponen — rapaz como un bandido! Yo quisiera — que otros, cual yo, te vieran en el surco, — en la fragua, en el mar, en el continuo — batallar por la vida! Fueran menos — los temores que inspira tu conducta... — Pero si puede una palabra honesta, — insospechable de intención villana, — convencer á opiniones imparciales, — yo he de mostrar cómo el Chileno aspira — más que al lauro glorioso de Belona, — á los dones pacíficos de Ceres, — Tal lo vi trabajando... tal lo pinto. — Sea mi nombre escudo á mis propósitos, — y un homenaje á la Verdad mi frase!

Samuel Blixén.